
MEMORIAS CIENTÍFICAS Y LITERARIAS.

LA NOVELA SOCIAL CONTEMPORÁNEA ¿podrá ser invocada en el porvenir como fuente de información acerca de las costumbres y de las ideas de nuestra época?

INTRODUCCIÓN

SUMARIO.—Objeto de esta Memoria.—Fases de la cuestión.—Plan.

Respondiendo al llamado que la Universidad hace á la juventud para dilucidar las diversas materias designadas en los certámenes abiertos por el Consejo de Instrucción Pública, en sesión de 16 de mayo último, con el objeto de solemnizar las fiestas cívicas del próximo 18 de septiembre; hemos elegido el tema que se refiere al valor histórico de la novela social contemporánea.

La cuestión, de suyo interesante, trae envueltas otras muchas de carácter trascendental; y para llegar á la solución conveniente, es fuerza estudiar estos tópicos: ¿Cuáles son los caracteres de la actual novela sociológica?—¿Qué principios estéticos y científicos la dirigen?—¿Qué condiciones pueden hacer que ella sea eficaz á proporcionar datos para la reconstrucción de nuestra época?—¿Qué criterio preside la concepción histórica?—¿De qué índole es la fuente de información que el novelador puede proporcionar? Problemas todos que dan á esta memoria cierta compleja abstracción que nos han hecho dudar un poco antes de decidirnos á elegirla. Porque en realidad están encarnados en ella aspectos tan variados de estética y de crítica que el tiempo designado, para tratarlos debidamente y con el detenimiento que merecen, es muy insuficiente.

Nos concretaremos, pues, á abarcar las vistas precipuas y más íntimamente trabadas con el tema, dejando sólo insinuadas y sin mayor desarrollo las vistas secundarias pero no menos interesantes que con él tienen relación.

*
* * *

Se impone tratar desde luego, como antecedente previo, de las dos fases que presenta la cuestión, y de las cuales surgen, en nuestro sentir, otras tantas soluciones.

Si consideramos, desde un punto de vista relativo, que los hechos sociales de la novela contemporánea tengan un carácter de verdad más ó menos completo, nos anticipamos á contestar que el historiador puede admitirlos como proficuos; pero con la reserva de que, para aceptarlos como documentos fidedignos, necesitan una compulsa escrupulosa y un estudio comparativo con otros datos sacados de distintas fuentes.

Desde un punto de vista absoluto, no creemos que la novela sea fuente de información estricta y rigurosamente segura; porque, como obra imaginativa que es, no está exenta de los juicios personales del escritor y los materiales sociales que contiene, por la fuerza misma de las cosas, han de estar adulterados por el temperamento artístico de la composición; y por más legítimos y verdaderos que en su origen hayan sido, han tenido que perder parte de su integridad en su adaptación á un género literario en que el principal dote es la fantasía exuberante y creadora.

Según cómo se mire el problema, así será la consiguiente solución.

Desde los puntos de vista relativo y absoluto, sacamos conclusiones opuestas: en el primer caso, afirmativa; en el segundo, negativa.

Nuestras observaciones principalmente mirarán hacia el primer aspecto, y por consiguiente, irán enderezadas á manifestar que la novela sociológica puede ser invocada por los historiadores futuros, no como una fuente segurísima y completamente fiel acerca de las costumbres y de las ideas de nuestra época, pero sí como una fuente relativamente cierta, abundante en datos grandes y pequeños, rica en detalles que dan profusa luz sobre muchos puntos oscuros ó nebulosos de la vida contemporánea; con esta restricción, á saber, que debe someterse, en lo porvenir, á una crí-

tica minuciosa, eficaz á manifestar, en su verdadero valor y real colorido, el espíritu voltario de nuestra sociabilidad, naturalmente deformado por el artista.

Y si hubiéramos desde luego de expresar en forma gráfica el fundamento de nuestra opinión, diríamos, valiéndonos de un símil, que los materiales históricos de la novela realista son la tela ó lienzo en que el autor ha pintado á discreción ó bien el cimiento ó la enmaderación sobre que ha levantado á capricho el edificio; por manera que la base es cierta—desde que las ideas y costumbres actuales tienen vida positiva;—pero este fondo real está subvertido por los aditamentos posteriores que se han incorporado á la materia prima. Más tarde, para ser prohijados por el historiador, esos materiales deben ser separados, siguiendo nuestro símil, de la pintura ó arcilla y cornisamento que completó el cuadro ó el edificio; operación que si es fácil de decir no lo será tanto de ejecutar.

Francamente que hubiera podido asaltarnos perplejidad al confundir los dos aspectos de la cuestión que acabamos de diseñar; hecha ya la distinción, pasamos á indicar el plan que seguiremos en la exposición de nuestras ideas, con la esperanza de que estas salvedades previas puedan llevarnos á un acertado desarrollo en la interesante tesis propuesta.

* * *

Para proceder metódicamente dividiremos nuestro trabajo en tres partes.

En la primera parte expondremos las transformaciones que ha experimentado el género novelesco hasta llegar á su estado actual, después de una progresiva evolución, casi análoga á la que ha sufrido el histórico, como todos los demás productos literarios; estudiaremos los caracteres generales de la novela social relacionándolos con las condiciones que en la historia exige el espíritu contemporáneo; y haremos ver la importancia y el desarrollo que ha adquirido en nuestros días la novela, cultivada como enseñanza moral y escrita para corrección de las costumbres.

En la segunda parte enunciaremos de una manera rápida las novelas contemporáneas de algunas literaturas, analizando especialmente las inclinaciones de la escuela histórica de W. Scott, de la social de Balzac, de la naturalista de Zola y de la realista de

Pérez Galdós. Terminará esta excursión crítico-literaria con algunas reflexiones respecto de la novela en Italia, Rusia y América, y acerca de los ensayos que en Chile se han hecho por cultivarla debidamente y de las causas de nuestra decadencia y esterilidad en materia de bellas letras.

En la tercera y última parte enumeraremos los materiales históricos de la novela social, tales como las tendencias, los usos, las condiciones sociales, intelectuales y políticas, el movimiento de las opiniones religiosas, la evolución de los sentimientos, la cultura etc. que reflejan el espíritu intranquilo y múltiple de nuestra época. Demostraremos que la novela así escrita y comprendida es un útilísimo suplemento de la historia y arribaremos á la conclusión de que en ella puede el historiador futuro hallar una fuente de información relativamente verdadera y más ó menos completa para la reconstrucción de nuestro siglo, principalmente en lo referente á la índole de las ideas y de las costumbres contemporáneas, las cuales serán en lo porvenir objeto preferente de disquisición.

Hechas estas declaraciones, á guisa de preámbulo—declaraciones que hemos estimado necesarias, por razón de método, para precisar el objeto, los términos y el punto de partida de nuestras observaciones—entramos en materia, no sin cierto recelo, dadas la generalidad de los términos en que está concebida la tesis y la complicación de las cuestiones que con ellas están relacionadas de una manera más ó menos íntima.



PRIMERA PARTE

Caracteres de la novela y de la historia

SUMARIO.—I. Evolución de la novela; ley del progreso.—II. Caracteres generales de la novela sociológica.—III. Condiciones principales de la concepción histórica en nuestros tiempos.—IV. Importancia de la novela; su desarrollo actual.

I

La novela ¿se ha transformado?—Evidentemente, para llegar al notable grado de desarrollo y perfeccionamiento en que hoy la vemos, ha sufrido algunas modificaciones su concepción y el modo de escribirla y comprenderla. Estas transformaciones descansan en la ley de evolución.

Se diría que la novela ha seguido paso á paso el espíritu de cada época, siendo el vivo reflejo de la sociedad para la cual era escrita y en medio de la cual se concebía.

Hay tramos fundamentales por los cuales tiene que ascender la producción literaria y que pueden sintetizarse en estos tres aspectos: 1.º edad poética, 2.º romanticismo y 3.º realismo.

La novela, como la historia, ha tenido que pasar por ellos, y modificarse según sus influencias; lo que sí la historia ha avanzado infinitamente más hasta llegar á una fase muy elevada: la de ciencia social ó sea de investigación crítico-filosófica.

Los primeros ensayos de la novela han debido empaparse en la idealidad poética, primera inspiradora de la inteligencia cuando abre su alas y se cierne en el espacio.

Estas incipientes creaciones se han manifestado en la primitiva novela de Jenofonte, en concepciones meramente ficticias y fabulosas, en que lo maravilloso y sobrenatural eran el elemento y re-

sorte obligados así en los episodios con en el desenlace. Temas estos que por su puerilidad no han dejado vestigios duraderos, influyendo en este merecido olvido, la carencia del elemento humano.

El arte clásico miró á los héroes ruidosos como el objeto preferente de sus vistas; al rey, al guerrero, como la cima de la humanidad; á los hechos, como el resultado de leyes superiores y divinas. I las acciones, correspondiendo á un grupo de ideas religiosas, monárquicas, sociales ó morales, fueron consideradas como el fundamento sobre el cual reposaba la familia después de sus antiguos ensayos de organización.

De esta manifestación rudimentaria del arte novelesco, y ensayando una transformación más elevada, se pasó al romanticismo, producto bastardo de la declamación, del cual son antepasados de común filiación y netos engendros originarios los libros caballerescos, que recibieron el golpe de gracia con la inmortal novela de Cervantes, que abrió la edad moderna y cavó hondo sepulcro á aquellas disparatadas lucubraciones.

Como muestras de esa misma cualidad exagerativa tenemos los retozones y licenciosos *fabliaux* de la edad media, las novelas pastorales del renacimiento y las de pasión del siglo XVIII. Aquí aparece adulterado el elemento humano.

La edad moderna inicia con Walter Scott un progreso evidente en el arte de escribir y de comprender la novela; siguiéndose á éste el magnífico esfuerzo que levanta su concepción, del idealismo al realismo, de la individualidad á la colectividad; que hurga en los enigmas de la naturaleza descomponiendo las fuerzas sociales en sus elementos primeros; que observa hasta el misterioso germen de las ideas; que ahonda en el estudio paciente y científico de los sentimientos y de los actos; que analiza todas las aplicaciones del trabajo y del espíritu humanos; y subordina todos sus esfuerzos á la severa explicación de la vida.

Conformándose á las enseñanzas de las ciencias positivas, se lanza en pos de todos los problemas que interesan á la civilización, desde el dogma religioso en sus orígenes, hasta el actual indiferentismo moral, desde el gobierno teocrático en su ensayo de organización, hasta las democracias actuales, que son el último episodio en el prodigioso cambio que se ha operado en el orden político.

Estas metamorfosis graduales acusan un perfeccionamiento tan asombroso como lógico que no es necesario insistir en él.

Y mientras estas lentas transiciones se han ido verificando en la serie de los tiempos, se ha sentido el constante choque de los intereses humanos, y se ha visto encendida esa eterna lucha entre el idealismo y la verdad, entre el sentimiento y la razón, entre la pasión y la reflexión, entre el corazón y el cerebro; lucha que ha ido acercando la novela al campo fecundo del realismo contemporáneo.

*
* *

Hoy por hoy, los insulsos ideales y la necia acumulación de niñerías imaginativas que, en antaño, eran el pie forzado de los personajes novelescos, han desaparecido. Como un recuerdo queda ese fútil tejido de aventuras inverosímiles, para atestiguar el camino inmenso que se ha andado, para comprobar la revolución verdaderamente grande que ha habido en el modo de comprender la novela; camino y revolución que indican que la ley del progreso no es una hueca invención ó una bonita mentira.

El criterio con que se escribe la novela en nuestros tiempos es el resultado evidente de un transformismo que se ha operado en su espíritu y en su forma, cada vez más perfectos, más concretos, más humanos.

Á la novela, como á la historia, no le es dado romper esos anillos que se eslabonan indisolublemente en la cadena fatal, porque es inevitable, que representa la ley del progreso humano, que rige todas las manifestaciones de la actividad del pensamiento, cualesquiera que sean las esferas en que se ejercite.

Esta ley de progresión integral es la que ha puesto en su estado presente á la novela que primitivamente fué sólo grupo de cuentos sin conexiones naturales, sin verosimilitud, en los cuales los acontecimientos no eran, como son hoy, «productos necesarios de los personajes en condiciones dadas».—Herbert Spencer, que ha estudiado, con un talento indisputable, en su obra *Los primeros principios*, la ley de la evolución, dice refiriéndose á su verificación en la literatura: «En las ficciones primitivas los personajes hacían su papel respectivo, sin mostrar que sus ideas y sus sentimientos

fuesen modificados por los otros personajes y por los sucesos; ahora están unidos por relaciones morales complejas; accionan y reaccionan mutuamente unos sobre otros».

La rápida enumeración que acabamos de hacer de los cambios que ha tenido la novela al través del tiempo, comprueba que ésta no se ha escapado ni podía escaparse á la ley general del desarrollo; y al verificarse han influido y accionado las múltiples causas que provocan y realizan la transformación de todos y de cada uno de los elementos de civilización.

Ha habido una especie de selección intelectual que ha ido levantando ciertos géneros de novelas que, en mejores condiciones que otros, han sido cultivados, para, á su vez, ser sustituidos por otros, que los superaban, sea en la belleza de la forma, sea en el fondo de la concepción.

Seleccionándose los distintos géneros novelescos de esta manera y ajustándose al espíritu de cada época, se ha llegado á la manifestación más perfecta y completa, que es la novela histórico-social.

Las tendencias que á nuestro siglo animan, exigen la concepción de la novela en condiciones tales que dejen al espíritu algo que instruya, moralice y eduque, como luego veremos.

¿Esta será la última transformación?—Nos inclinamos á creer que nó.

Lo que hoy nos parece el punto terminal puede ser, y será seguramente, el punto inicial de una nueva evolución.

Y es natural que tal suceda, pues la inmovilidad absoluta no se concibe en ningún elemento de civilización, artístico ó científico.

Las literaturas pueden perecer por circunstancias especiales, ó sufrir retroceso ú obstrucción, por tiempo más ó menos largo, en condiciones dadas; pero la resurrección tiene que venir y la ley de evolución permanente tiene que cumplirse indefectiblemente.

Una multiplicidad inmensa de causas preside estas alternativas que así hacen nacer, crecer y morir las literaturas, como las hacen resucitar, cual el Lázaro de la leyenda.

El progreso humano no se detiene jamás. Cuando veamos realizado el ideal de épocas pasadas, no quedaremos satisfechos; cuando hayamos llegado á la cima, anhelaremos subir más; cuando

hayamos alcanzado á la meta, ambicionaremos todavía seguir y seguir.....

Goethe ha resumido en dos renglones esta suprema aspiración de la actividad humana:

*«¡Más alto siempre subamos!
¡Más lejos siempre miremos!»*

Quisiéramos extendernos en más consideraciones sobre este tópico; pero el temor de salirnos de los límites que nos hemos trazado en este ensayo, nos retrae de hacerlo.

Después de los cambios de la novela que tan rápidamente hemos expuesto, el espíritu moderno—aleccionado por una experiencia de siglos—ha llegado á persuadirse de que el carácter histórico-sociológico es una condición necesaria, impuesto por el criterio experimental que rige en la literatura actual las concepciones de más valía y que mejor concentran sus tendencias.

II

¿Cuáles son los caracteres generales de la novela moderna?—Ha llegado el momento de que los examinemos, aunque sea de un modo somero.

El campo que abraza es inmenso y variadísimo: contiene la reproducción reflexiva y fiel de la sociedad así en lo interno como en lo externo, con sus ideas, con sus sentimientos, con sus costumbres, con sus instituciones, en una palabra, con todos sus elementos de civilización.

Hay en ella un estudio perspicaz, detenido y profundo de todas las grandes proposiciones que están en tela de juicio en los modernos tiempos y que reclaman una solución.

Hombres y cosas, estudiados íntimamente, aparecen en su verdadero tamaño, con sus propios colores y líneas, moviéndose en la órbita de la realidad.

Predomina el detalle pasional complejo y la intención filosófica para la apreciación de los tópicos de palpitante interés que afectan el modo de ser social; y al juzgar á los individuos, dándose cabal cuenta de las relaciones íntimas del espíritu con el cuer-

po, deja ver la razón del móvil de sus actos y pensamientos, y analiza las pasiones y el corazón humano, penetrando en las entrañas y en la médula del organismo social, en aquellas situaciones, caracteres y perspectivas de los cuales brotan el interés y la belleza, al choque de la realidad con la ficción, de la materia con la idea.

Tenemos así la fusión de las tendencias naturalistas que pintan la realidad de la vida en todas sus mudables fases, con las tendencias idealistas que procuran y realizan el embellecimiento de lo verdadero: estas dos corrientes, bien concertadas y armónicamente distribuidas, hacen que el género novelesco llene cumplidamente su fin primordial, que no es otro que la contemplación de lo bello en lo verdadero. De aquí arranca el goce que proporciona la idealización del arte á la vez que el provecho que reporta, como enseñanza moral, la elucidación de cuestiones de positivo interés para el individuo, para la familia, para la patria y para la humanidad.

Esta es la novela psicológico-social, que, según M. de la Revilla, «retrata la sociedad actual y encarna los ideales y sentimientos que á nuestro siglo animan; la que, al interés dramático de los sucesos, une el interés psicológico producido por la acabada pintura de los caracteres y el interés social engendrado por los problemas que en ellos se plantean; la que sustituye con ventaja á la antigua epopeya y presenta con pasmosa verdad y brillantes colores la vida compleja y la conciencia agitada de la sociedad presente».

El mismo autor, estudiando con talento crítico de primer orden, el espíritu y las tendencias del género novelesco, y refiriéndose á la regeneración que éste ha sufrido en España en los últimos años, dice:—«Vióse claramente que le era posible al novelista interesar y conmover al lector con un relato sencillo y verosímil, escrito sin mengua de la gramática y del sentido común, en el cual fuesen elementos principales la pintura de los caracteres y los afectos y la descripción de los lugares, y objeto de atención preferente el drama íntimo de la conciencia, antes subordinado por completo á la estruendosa sucesión de extraños acontecimientos. Advirtiósese á la vez cuánto más interesaba al lector el fiel retrato de la sociedad en que vive, que la narración de fantásticas é imposibles aventuras, y cómo se podía crear la belleza sin dar al olvido la realidad. Reconociósese lo feliz de la combinación de la novela histórica con la de costumbres, y lo acertado de la mezcla de lo interno con lo

externo, de lo psicológico con lo histórico, y se comprendió que la novela había de ser, ante todo, el drama palpitante de la vida real, en que los hechos exteriores son el producto de los íntimos hechos de la conciencia, y los personajes interesan tanto como los sucesos, y éstos como aquellos adquieren valor moral y artístico, no por lo que tienen de extraordinarios y singulares, sino por lo que de humanos y verdaderos tienen. El realismo embellecido por una idealidad racional y prudente, triunfó entonces en la novela, último baluarte hasta allí del falso idealismo romántico, y España comprendió que era la hora de recorrer el glorioso camino trazado por los cultivadores del género novelesco en Francia, Italia, Alemania é Inglaterra».

Hasta aquí la opinión del insigne crítico citado, que con mano maestra diseña sintéticamente, en cuatro pinceladas, las condiciones de la novela contemporánea.

Con todo, este equilibrio entre la ficción y la verdad no siempre se mantiene: de ordinario predomina el elemento reflexivo sobre el elemento imaginativo. Los puntos de vista prácticos superan con mucho á las vagas idealidades ó á las meras abstracciones.

Conformándose á los gustos propios del día, la novela asume una tendencia que se ha llamado docente, y que se traduce por la preponderancia del fondo que enseña sobre la forma que seduce.

No es ni podría ser sólo una obra de fantasía: debe haber y hay en realidad una investigación en cierto modo filosófica. Si ésta faltara, la novela podría vivir como un monumento de curiosidad artística; pero no serviría al progreso moral.

De ello es que, antes que estéril y frívola obra de distracción, debe ser ella recurso de civilización, fuente de progreso de que se pueda echar mano en la elaboración de las ideas, en la difusión de los principios y en la propagación de los buenos ejemplos.

En atención á esto es que se ha comprendido que en la novela actual no sienta bien el sentimentalismo llorón y clamoroso que no es sino la exageración de los caracteres y de las cosas. Tampoco, socapa de belleza, se disculpa al novelista la manía de entretenernos con narraciones hermosas pero pueriles, con frases bien redondeadas pero huecas, que diciendo mucho al oído, nada dicen al cerebro.

No es, pues, bastante esta acumulación de bellas mentiras que á nada útil conducen, fuera de entretener algunas horas á los lectores vulgares; no es bastante un conjunto más ó menos bien dis-

puesto de intrigas y episodios de imaginación ó una trama ingeniosa de incidentes que brillan como un chispazo, pero que, á manera de un puñado de fuegos artificiales, sólo arden y suenan un momento, perdiéndose presto en el aire así la luz como el sonido. Tan perdido es el dinero que se consume en la pólvora de los voladores como el tiempo que se gasta en la lectura de las bastardas novelas de este jaez.....

El novelista pone su atención en algo serio, en algo grande, en algo que importe de veras al mundo, á la vida social, á las ideas, á la verdad, á la justicia, al derecho, al progreso, si es que comprende, como debe comprender, su verdadera misión literaria, su nobilísima misión de hacer luz, luz y siempre luz!

De ésta brota rico manantial de enseñanza. La novela coetánea—que es el estudio probable de la verdad, como ha dicho Alas—ajustándose á las tendencias del día, aprovecha no escasa suma de conocimientos en su concepción: toma en cuenta las relaciones psicólogo-fisiológicas de los acontecimientos, establece la concomitancia de causa á efecto que los explican, analiza las ideas que los preparan, retrata las humanas acciones en su aspecto íntimo y en sus detalles caseros, ligadas con la vida pública, con la política, con la religión, con la cultura, con la legislación etc.

Y al tratar estos fecundos materiales el novelista manifiesta que es hombre que sabe apreciar la importancia, la propensión, el desarrollo y las consecuencias de los hechos sociales; que conoce á fondo la historia y los elementos que así en el orden moral como en el material, han impulsado y dado eficacia al progreso humano. ¡Qué campo más proficuo puede desear el novelista de talento que posee y sabe exponer en formas bellas, vastos conocimientos de la sociabilidad, en todas sus múltiples y heterogéneas manifestaciones!

Propiamente, todo este caudal de datos en cierto modo científicos sobre la vida moderna, no tiene cabida natural dentro de la novela; ellos, por sí solos, no vendrían bien sino en un tratado didáctico ó en una composición histórica. Deben estar unidos al elemento estético, el cual existe en todos los hechos para un analizador fino y penetrante que sabe apreciarlos y estudiarlos por todos sus aspectos. Este elemento nunca falta: hay poesía en la realidad, belleza en la fealdad, hermosura en lo agreste, vivacidad en la monotonía, luz en la penumbra, alegría en la tristeza.

Esta belleza innata, intrínseca, latente en los fenómenos *prima*

facie estériles y prosaicos de la vida, es la que debe aprovechar el novelista, para la composición de sus cuadros. Su trabajo consiste en la originalidad, en la acucia y en el talento para descubrir las vistas de lo bello, á través de todas sus manifestaciones, así en los horizontes de la política como en los de la ciencia, así en las esferas de la religión como en las de la moral.

Saber contemplar y presentar estas perspectivas, tras el prisma del arte ó como dentro del calidoscopio de las formas más poéticas y puras, he aquí su oficio.

Si él es bien desempeñado, la vida social contemporánea—contemplada en sus costumbres más minuciosas, en sus momentos más grandes, en sus aspectos más nobles, en sus problemas más complejos, en sus acontecimientos más trascendentes, en sus ideas más debatidas, en sus instituciones más serias, en sus personajes más heroicos, en sus individuos más humildes, en sus situaciones más difíciles—no aparecerá en la novela como una antinomia ó como una vana muestra de erudición árida y empalagosa, sino iluminada con los tintes del buen gusto y del interés, matizada con el reflejo de lo ideal y de lo real, embellecida por el arte y por el sentimiento.

Tratando estos asuntos con elevación y criterio filosóficos y uniendo á la erudición el conocimiento de las leyes sociológicas que rigen los actos humanos, el novelista procede en cierta manera como el historiador, parte casi de bases iguales y se encamina por senderos semejantes. En lo relativo á los hechos sociales y á los elementos de cultura, el escritor se ciñe estrictamente á la verdad.

Le queda el elemento subjetivo, la imaginación, para dar belleza y animación al cuadro, y combinarlo con el elemento objetivo que forma la parte real é histórica.

De aquí resulta, como hemos insinuado, que la novela moderna haga sentir y haga pensar con intensidad, yendo tras la combinación armónica del pensamiento que poetiza y del pensamiento que reflexiona. Pone en acción todo lo que atañe al modo de ser de la sociedad con los detalles de los caracteres, ideas y costumbres en aquellas situaciones en que descuello el interés ó la pasión; y á manera de espejo de nuestra época, al presentar hechos y consideraciones desde el punto de vista de la realidad, refleja con fidelidad fotográfica así las pequeñas tendencias que dirigen la actividad

individual como las grandes corrientes que impulsan el movimiento social

III

Dadas estas condiciones de la novela psicológico-social que someramente acabamos de indicar ¿podemos deducir que ella puede servir de fuente de información histórica en lo porvenir?—Creemos que sí, y tal opinión venimos sosteniendo desde el comienzo de estas páginas.

Qué carácter tienen estos materiales, es cuestión que nos proponemos elucidar en la tercera y última parte de este ensayo.

Nuestro aserto de que la novela sociológica puede servir, en lo futuro, con alguna eficacia, para la tarea de la reconstrucción del espíritu y tendencias de nuestra época, la hallamos confirmada en el carácter que, en general, tiene en nuestros tiempos la historia. Sabido es que ésta ya no se la escribe ceñida al marco de fierro de una mera y descarnada narración, como en las crónicas, en las cuales se daba única y exclusiva importancia á la exposición de los hechos, de las guerras, de la sucesión de los reyes y gobernantes, y á todo aquello que repercutía con el estrépito del aparato exterior.

Hoy se la escribe desde el punto de vista de los principios y se da más importancia al criterio razonador y á la investigación crítica, que han hecho de la historia una verdadera ciencia social, en la cual se aprecian con elevación filosófica las influencias recíprocas de los elementos de civilización y las leyes morales que rigen el desenvolvimiento de la humanidad.

El historiador, para analizar este complejo y variado campo de la vida social, en el cual caben leyes, ideas, hábitos, creencias, para conocer la índole de los tiempos pasados y penetrar en el fondo de la verdad y comprobarla, debe apelar á todo linaje de información, á toda fuente de materiales, aunque no sean muy sólidos.

Entre estos materiales están los de la novela social, en la cual se halla reflejado el espíritu móvil y heterogéneo de nuestra época, punto de mira hacia el cual el pensador contemporáneo ha enderezado tenazmente sus estudios.

El verdadero historiador, buscando siempre la verdad, trata

de explicarse racionalmente los acontecimientos humanos, para que sirvan de previsión, de enseñanza, de moralidad á las futuras generaciones: estudia los hechos en sí mismos; busca las relaciones morales como materiales que los ligan; pero no acepta ni puede aceptar la intervención de fuerzas misteriosas. Estas influencias escapan á la experimentación; y, por consiguiente, quedan fuera de la lógica.

Coordina lo que hay de humano en la vida, buscando la ilación congruente que debe haber en todo el amplio tejido de los elementos cooperadores de la civilización.

Para abarcarlos todos en una mirada comprensiva, necesita el escritor una suma de conocimientos vastísima y un acopio de datos no menos grande. Aunque sea un grano de arena el material que la novela social pueda proporcionarle, no debe desdeñarlo como algo completamente inútil y enteramente inoficioso, porque en ese estudio racional y elevado de los acontecimientos, más de una vez encontrará dudas, más de una vez perderá la verdadera noción originaria de un hecho; y en tal emergencia, el historiador acucioso, que no se contenta sólo con apuntar en sus anales las aparatosas manifestaciones públicas que suenan con el estrépito del bullicio y de la popularidad, irá hasta la página del novelador en demanda de las pequeñas causas que con su perspicacia analítica descubre y que estampa con indeleble marca.

El historiador contemporáneo que en la reconstrucción de lo pasado relega á segundo término reyes, ministros y capitanes, se esfuerza en dar soplo de vida á la callada tumba en que yace tal vez un humilde impulsor del progreso humano; en rehacer el murmullo de las recónditas ideas, el encadenamiento de los pequeños hechos, el espíritu de las razas, pasiones y miserias ignotas; y para esclarecer el origen y el curso de estos pobres acontecimientos, que en el mundo ocupan los bastidores del escenario, ó pasan inadvertidos en el seno de las multitudes, debe ir á buscarlos, explicados, connotados y en relieve sorprendente, en los pacientes análisis del novelador, quien forma con estos materiales el juego y la savia de sus creaciones, dándoles el sabor local y penetrando en los misterios íntimos de la sociedad para desenmarañar sus arcanos.

Siguiendo la oscilación progresiva que impulsa las ciencias morales, la historia recibe la deposición de los pueblos; y considera los actos humanos como la resultante de una larga serie de sensa-

ciones acumuladas, siempre influenciadas por el medio; y estudia las costumbres y los hombres en las relaciones recíprocas de los pueblos unos con otros; y analiza el espíritu de las ideas tomándolo en conexión con todos los elementos civilizadores sin que sean parte á extraviar sus juicios y deducciones, los erróneos conceptos de divinidades ó de fuerzas superiores que dirijan los acontecimientos.

En las explicaciones de los hechos históricos como de la conducta individual, elimina todos los rancios pensamientos que alejaban las cosas y los hombres del terreno verdaderamente positivo y científico, y sustituye esos viejos ideales por el espíritu nuevo que germina en la sociedad contemporánea.

Todo conspira á hacer perpetuo é irreparable el divorcio de las tradiciones de lo pasado con los gérmenes novadores y levantados que hoy surgen, no sólo en el terreno de la historia, sino también en todos los órdenes de la actividad.

Y porque dentro de estas ideas está exprimida la concepción histórica en nuestros tiempos, se mira con interés el génesis humano de los hechos pequeños y los acontecimientos grandes, porque aquí en la tierra es donde han brotado y en la tierra es donde han echado raíces al calor de inspiraciones enteramente propias del hombre y de la civilización. Y porque se responde á una de nuestras exigencias sociales, se estudia la vida con precisión analítica, y los refinamientos del arte van hasta las más secretas intimidades.

El novelador que salva el umbral de estas miserias y el historiador que torna á recoger las lecciones de aquél, se dan la mano para la reconstrucción de la sociedad, al explicarse las modificaciones concomitantes que experimentan las cosas, según el espíritu de la época, el carácter de los hombres y las tendencias de las ideas.

Mucho más podríamos decir sobre otras peculiaridades que distinguen á la concepción histórica en nuestros días; pero creemos que lo expuesto basta para fijar las líneas más salientes que hoy la caracterizan. Después tendremos ocasión de insistir en otros puntos de interés que se relacionan con este asunto y que están ligados con la tesis que en estos momentos preocupa nuestra atención.

IV

Por la forma animada y dramática que reviste, la novela es la producción intelectual que alcanza más lectores. Nótese una corriente de simpatía y de predilección por este género literario. En estas condiciones es, á la sazón, una potentísima palanca de educación, si el novelista contemporáneo camina por el sendero que se ha iniciado, que es surco de luz y será manantial de enseñanza para las venideras generaciones.

La comprobación de esto es la ubérrima producción de novelas que se publican en Europa, y cuya asombrosa cifra nos demuestra la estadística bibliográfica.

En Francia, sobre todo, se la cultiva con algo que se asemeja al furor: ¡tal es la fecundidad con que se hace gemir las prensas de París!—Lástima grande que la mayoría de las novelas que se dan á la estampa, no estén á la altura del espíritu moderno.

Por la aceptación general que despierta, ha sido elegido el género novelesco para la propagación de ciertas ideas ó la difusión de conocimientos científicos, bajo una forma entretenida. Una novela entra á cualquier hogar sin dificultad alguna, salvo ciertos casos en que se la prohíbe por intereses de secta ó por fanatismo, creyéndose de buena fe, ó aparentándose creer, que su lectura es perjudicial á la salud de las almas, especialmente en la mujer.

Felizmente, y para honra de la cultura de nuestra época, estas ideas erróneas sobre el efecto moral de las novelas, son sólo un recuerdo de pasados tiempos que se han ido para no tornar jamás; y son una manifestación del extremo absurdo á que ha conducido el fervor exagerado de ciertos directores de conciencias que, antes, con virtuosa indignación y haciendo el triste papel de inquisidores del pensamiento, han azotado con el estigma de la excomunión á libros, autores y lectores..... ¡Cuánta risa, hoy por hoy, no traería aparejada una *excomunión literaria*! La autoridad eclesiástica ha dado un buen paso, un paso de cordura y sensatez, comprendiendo que era un mal entendido fervor esta censura espiritual de las novelas. Ha comprendido más todavía: que era contraproducente. Quizás será por aquella innata curiosidad, propia de nuestra flaca naturaleza, ó por otras causas; pero ¡cosa curiosa! el hecho es que los libros más expresa y terminantemente

prohibidos, han sido precisamente los más buscados y los más cuidadosamente leídos. Allí donde ha habido una terminante prohibición, allí ha habido siempre un interés especial en burlarla.

Haciendo abstracción de estas mogigaterías que condenan, sin razón alguna, la eficacia de la novela y la tildan de corruptora de las costumbres, queda en pié el hecho de que el género novelesco, escrito según los gustos y necesidades de nuestra época y adecuado á lo que exige nuestro modo de ser contemporáneo, es profundamente educador, forma las verdaderas convicciones, provoca la emancipación del criterio público y la independencia del espíritu, y prepara el conocimiento reflexivo de la verdad. Es un elemento de civilización de que la historia no podrá hacer caso omiso, ni podrá pasar por alto sus enseñanzas, ni considerar como cosa de poco momento sus lecciones psicológico-sociales, y tales son desde que estudia las facultades y los móviles del individuo en sus relaciones con los demás.

Es natural, y casi excusado decir, que no comprendemos en este número las novelas adocenadas de ciertos escritores que han pros tituido su pluma y su talento, poniéndolos al servicio de la inmoralidad, del escándalo, de las malas pasiones ó de gustos estragados y perversos. Estas, por desgracia, no escasean, y para ellas, ni nosotros ni nadie puede tener una palabra de aplauso: estas producciones sí debían ser consumidas por el fuego inquisitorial, que ha devorado tantas obras de mérito y que, en cambio, ha dejado tantas otras que son productos baladíes y corrompidos de pseudos literatos, los cuales, juzgados por sus obras, tienen tan impúdica la pluma como sucia el alma.

Apartemos la vista de la novela de este jaez, para contemplar la verdadera novela contemporánea, cuya lectura se traduce en una impresión que moraliza. Esta impresión de moralidad es aún más marcada en la novela histórico-social, que enseñanzas de tanta monta trae aparejadas.

Cualesquiera que hayan sido los obstáculos que se han puesto para ahogar y maldecir la novela, el espíritu humano ha comprendido que ésta tiende á corregir las costumbres y las instituciones, á ridiculizar los vicios, á depurar las ideas, á levantar los corazones, á iluminar los cerebros.—No se olvide que la moral moderna —como ha dicho Claudio Bernard—«consiste en buscar las causas

de los males sociales, sometiéndolos al análisis y al experimento».

Tal es lo que hace la novela de nuestros tiempos, penetrando hondamente en las entrañas de la sociedad, para hacer surgir de los centros más recónditos el verbo de las ideas de regeneración y de progreso, de luz y de verdad que persigue el espíritu humano en todas sus manifestaciones.



SEGUNDA PARTE

La novela en algunas literaturas contemporáneas

SUMARIO.—Observaciones generales.—I Caracteres generales de la novela inglesa. —Walter Scott: la novela histórica; su importancia. —El realismo: G. Elliot y Dickens.—Otros noveladores.—II La producción novelesca en Francia.—Novela social: Balzac.—Los realistas franceses.—Escuela naturalista y experimental: Zola y sus adeptos.—Otros novelistas.—III Regeneración de la novela española: Pérez Galdós.—IV Novelas italianas, rusas y americanas.—V Producción novelesca en Chile.

Hemos dicho en la *Introducción* que consagraríamos esta parte de nuestra Memoria al análisis rápido de la literatura novelesca en general, estudiando los caracteres salientes de ella para deducir observaciones en favor de la tesis que venimos sosteniendo.

Pero francamente que nos encontramos perplejos para adoptar un sistema analítico que abarque siquiera los novelistas más importantes, ya que dentro de los límites de este ensayo no cabría una enumeración completa, pero ni aun aproximada de la encrómista producción contemporánea. Menos aun podríamos dar un juicio sobre ella; pero como nuestro objeto es buscar los datos que pudieran servir para la historia de nuestras actuales ideas y costumbres, nos esforzaremos por no invadir el terreno de la crítica literaria. Contemplaremos las producciones imaginativas solo en el aspecto íntimamente relacionado con el tema en discusión concentrando en lo posible esta revista que, llevada con regular amplitud, daría inusitada extensión á estas páginas que no son otra cosa bosquejos.

Habremos naturalmente de insistir más en aquellos noveladores que,—habiendo ahondado con mayor tino en los dominios de la vida contemporánea y en los múltiples misterios de los problemas que nos agitan, nos anarquizan y nos traen profundamente divididos

así en moral como en religión, en materia de principios sociales y políticos,—están en aptitud mejor de servir en el porvenir como fuente de información sobre los puntos controvertibles de la actualidad, cuyo *desideratum* no se ha realizado aún. Este, para hacer su camino de evolución, tiene por propagador paciente y esforzado, al observador de las luchas internas del pueblo y de los sucesos que se van desarrollando paulatinamente, en el fondo, en el silencio, en la oscuridad. Como resultado de ese estudio social, brota la novela, que acumula, dentro del amplio escenario de sus dominios legítimos, todo este caudal de que algún día quizás aproveche el historiador, cuando trate de inquirir el porqué de las ideas y de las costumbres contemporáneas, cuando trate de darse cuenta de las fuerzas generatrices que han producido los grandes trastornos políticos ó las tremendas revoluciones del espíritu.

Allí, en la novela sociológica, hallará á buen seguro más de un hilo, más de un dato, más de una revelación, todos interesantes, que le alumbren con intensa claridad en el caos; que rompan la superficie en que ninguna causa sobrenada, en que ningún hecho grande se destaca.

¿Quién penetra en esos misterios?—El novelista. ¿Quién se confunde con la turbamulta y escucha las íntimas palpitaciones del pueblo en sus luchas sordas y calladas por conseguir un derecho violado ó una libertad atropellada? El novelista. ¿Quién puede llegar á la posteridad el eco de estas aspiraciones, el rumor de estas quejas de la opinión pública?—Siempre el novelista.

De aquí que en sus lucubraciones, más ó menos artísticas, dé la nota casi exacta de la verdad en esta materia. Aún contando con la natural deformación que la realidad deba experimentar al transformarse en narración apasionada, ó en estudio de un carácter ó de una situación especial, siempre quedarán las líneas que den relieve de aproximada semejanza á estos datos en que el investigador futuro encontrará la incógnita de muchas cuestiones oscuras, y la explicación de muchos puntos ignorados.

Por estas razones habría sido interesante buscar en las fértiles producciones del presente los hechos concretos que podrían aducirse en pro de la tesis que ha puesto la pluma en nuestras manos; é ir señalando cómo y por qué manera las deposiciones de tal novela, eran eficaces á proporcionar un archivo valioso para la historia.

Desgraciadamente, tarea semejante es vastísima. En la imposi-

bilidad, material é intelectual, de ir por ese análisis, debemos concretarnos á esbozar los perfiles generales de los principales noveladores contemporáneos, en cuanto pueden contribuir á la reconstrucción de nuestra época, por reunir en sus páginas hechos de trascendencia moral en los que la materia prima es lo que se ha apellidado «documentos humanos».

En esta revista, lo angustioso del tiempo de que podemos disponer, disculpará en parte siquiera la deficiencia del trabajo y de la ejecución.

I

Empecemos por Inglaterra.

Los caracteres generales de la novela en este país pueden sintetizarse por el estudio estético é histórico, por el sentido descriptivo y el espíritu netamente práctico y genuinamente observador, revelado en el análisis de los acontecimientos y de los hombres. —Está empapada en una minuciosidad de detalles que si á veces, fatiga al lector, es eficacísima á manifestar en todos sus aspectos las situaciones, tendencias y costumbres de la sociedad que se trata.

Este carácter práctico es el que ha inducido á muchos novelistas ingleses á plantear y desarrollar, en sus producciones, serios problemas de socialismo, de pauperismo, y sobre todo, de política, que han agitado á ese gran pueblo.

Especialmente la novela política ha sido muy cultivada, y de ella podemos sacar buenas lecciones, pues que en ese país está el tipo del gobierno parlamentario y representativo más perfecto, que, si no es propiamente, se acerca mucho al *self government*, en que el derecho de los ciudadanos no es una palabra hueca, ni la libertad electoral un nombre vano.

Hay en las ideas inglesas la severa tendencia de someter á la razón así la política como la religión y la filosofía, y en general, todos los arduos y trascendentales problemas de la vida contemporánea, especialmente los que se rozan íntimamente y muy de cerca con la sociabilidad.

Nótase que hay un criterio seguro y cierta frialdad que es ingénita en el escritor inglés, que hace que sus juicios y deducciones sean sobrios, verdaderos, desapasionados.

El gran genio que ilumina con resplandores inmortales la novela inglesa es Walter Scott, creador y maestro de la novela histórica.

Esta puede considerarse como un suplemento utilísimo á la historia; y como ha dicho con razón Jil y Zárate: «en la historia no conocemos sino los hechos en grande, no vemos á los personajes sino en su vida pública; en aquellas situaciones extraordinarias en que el hombre reúne todas sus fuerzas para producir grandes acciones, y aparecer quizá lo que no es; pero la novela, tal como la ha concebido Walter Scott, nos muestra esos mismos personajes en su vida privada, en el interior de su casa, en el trato familiar lo mismo que en la escena política con todos sus vicios y virtudes, y por lo tanto nos los dá á conocer mejor; enseñándonos á la par mil usos y particularidades de los tiempos pasados que la historia tiene que callar necesariamente, y que de este modo no quedarán perdidos para los siglos futuros, como lo han sido para nosotros la mayor parte de los antiguos».

La luz que proyecta sobre los sucesos y los hombres, sobre sus pasiones, vicios, supersticiones, que retrata con pinceladas indelebiles en obras como *Waverley*, *Guy Mannering*, *Quintin Durwald*, *Ivanhoe*, *Kenilworth*, *Rob-Roy*, será debidamente aprovechada por el historiador. Y á fé que es un caudal riquísimo de datos el que proporciona la investigación que W. Scott hizo del pasado, como anticuario apasionado, con admirable minuciosidad arqueológica, con lujo regio de conocimientos, con poder maravilloso de descripción, con exactísima fidelidad en el análisis de las ideas, costumbres y aspiraciones de varias épocas de la humanidad, y con talento indisputable para descender á todos los temas posibles y fotografiar la imagen perfecta del espíritu inglés.

La influencia de la novela histórica se ha hecho sentir en casi todas las literaturas; pero nadie ha superado á W. Scott en el talento para presentar en toda su grandiosidad el sello de cada época, con todos sus intereses, generales y permanentes, con todas sus múltiples enseñanzas, contemplados en el aspecto irresistible de las formas estéticas más puras, flotando esto sobre el fondo del más completo romanticismo realista.

En la novela británica llama la atención el desarrollo verdaderamente realista de este género literario, cuando aun no formaban escuela los noveladores franceses, que hoy privan en los estudios de la crítica contemporánea.

No es este el lugar propio para la disertación de este punto de estética; pero dejemos establecido que el realismo verdadero se encuentra en los estudios de observación de la vida social, económica, religiosa y moral á que aplicó su sagacidad George Elliot; en la pintura gráfica de las costumbres populares que abordó Dickens con tranquila y festiva bondad en que la se traslucen las tristezas de su alma y de su carácter.

En la sencillez de estos cuadros hay una estética completa y una filosofía social que agrega un encanto superior al estudio de la realidad; y en los cuales pueden encontrarse los detalles exactos de la sociabilidad en todas y en cada una de sus capas.

Si hubiera de asignarse un nombre de pila muy en boga á la autora de *Adán Bede*, debería llamársela naturalista; esta doctrina literaria no es tan nueva ni tan execrable que no pueda conciliarse con la pulcritud de una inglesa, que supo ahondar en las costumbres de su país.

Como por el momento no queremos sino ir señalando los noveladores á los cuales acudirá el futuro reconstructor de nuestras ideas y costumbres en demanda de datos; diremos que puede hallarlos también en los estudios sagaces, profundamente intencionados de Litton Bulwer; en las alusiones enmascaradas de Disraeli en que se trasluce el estudio de personajes tan conocidos como Canning, Brougham, Metternich ó el príncipe Leopoldo; en las críticas sociales con que la agresiva sátira de Thackeray puso en relieve los vicios y miserias de la aristocracia; novelistas todos que, dando á sus producciones de genio libre el tono práctico que es el sello del carácter nacional, abundan en vistas y consideraciones interesantes y completas, que en el porvenir pueden ser eficaces como archivo de importancia histórica, depositario, más ó menos fiel, de las fases así morales como materiales, del egoismo como de la hipocresía, del espíritu materialista como de las tendencias políticas y religiosas del pueblo inglés.

II

Pasemos á Francia.

Al llegar á este gran centro intelectual, afirmaremos que, en general, puede encontrarse en sus grandes noveladores una fuente nutrida de información histórica.

A las estériles luchas del clasicismo y del romanticismo, sucedió la tranquila y justa concepción estética, exenta de los peligrosos errores y exageraciones á que conducen todos los sistemas absolutos.

Cuanto á la novela, hay una producción tan gigantesca que el análisis detenido y aún somero se hace imposible. Y este desarrollo asombroso no es aislado: corren parejas con él, pero sin superarlo, los estudios de crítica, de filosofía, de arte, de historia, de estética, de ciencias morales y políticas, de erudición, de filología, de bibliografía, de jurisprudencia, etc., agregándose á esto el cultivo extraordinario del teatro y de la poesía.

La Francia marcha á la vanguardia del movimiento literario y filosófico del mundo. De este «cerebro de la humanidad», que decía Hugo sin inspirarse en pedantesco orgullo nacional, han salido innovaciones que en ondas inmensas y concéntricas, se han extendido por las literaturas europeas, ejerciendo una marcadísima influencia en ellas. Y por mucho tiempo esta influencia ha sido visible y permanente, á tal punto que la España como la Italia y la Alemania, no han hecho sino vaciar sus inspiraciones en el molde francés.

El escritor que ha creado y llevado á su apogeo la novela social es Honorato Balzac.

Sus obras serán para el futuro historiador fuente fecundísima de información, pues él como nadie ha sabido hacerlo, ha presentado su época con detalles íntimos que acusan una sagacidad increíble, para explotar el aspecto interesante de las costumbres y de los hombres. Su vista de águila ha penetrado en el fondo de las conciencias y ha excudriñado los más recónditos arcanos del alma humana.

Nos ha dejado tipos de la humanidad que será eternos al mismo tiempo que ha retratado la sociedad y los personajes de 1815 á 1848 con un talento indisputable.

Porque Balzac no sólo ha querido hacernos desfilar, en ese fondo grave y penetrantemente observador que lo caracteriza, los personajes históricos mirados por fuera y los acontecimientos contemplados superficialmente, sino que nos ha presentado la vida psicológica, las batallas de la conciencia, las luchas internas del alma en toda su misteriosa desnudez, analizando el origen y el crecimiento de las palpitaciones del espíritu, espiando esos íntimos movimientos que se han tornado en hechos, que se han con-

vertido en actos, penetrando en las entrañas de la sociedad francesa, estudiándola por dentro con un poder disector de primera fuerza.—Esto es lo que ha hecho en su serie de novelas, *La comedia humana*. Siguiendo un plan metódico y teniendo muy á la vista las ideas, la verdad histórica, los grandes intereses humanos, hace su estudio de observación con una profundidad tal que novelista alguno ha llegado á sobrepasarle, pero ni siquiera á igualarle.

De aquí la importancia de la novela social de Balzac que proporciona datos interesantes para el futuro historiador. Hemos leído, en el mes de junio próximo pasado, que dos escritores franceses, M. M. Anatole Cerffber y Jules Christophe, han publicado en París una obra (1) de paciente investigación que establece exactamente los registros del estado civil de todos los personajes de Balzac, haciéndose subir la cifra á *dos mil*, poco más ó menos.

Este detalle viene á comprobar de una manera espléndida el alcance y las tendencias del gran novelista que en sus producciones ha dejado noticias tan completas y tan sabrosas anécdotas, unas de carácter político, otras meramente personales, sobre los hombres de estado y las mujeres del tiempo de Luís Felipe.

Tras el velo de la ficción, se ha retratado él mismo, y ha arrojado discreta sombra, cubriendo con antifaz, los hombres de letras y los estadistas que precedieron y siguieron á la monarquía de Julio; y la historia más tarde, recogerá sus observaciones, porque descubrirá tras el disfraz, la fisonomía real, entre otros, de Jorge Sand ó Mme. de Staël, de Víctor Hugo, Lamartine ó Thiers.

En ningún otro novelador, la historia puede encontrar más fidelidad que en el gran observador de costumbres. Según su conocida frase, prefiere la *historia vista en paños menores*; Balzac puede deponer ante el porvenir esos detalles con tanta abundancia de referencias políticas y sociales, como la más seria y completa de las memorias sobre la Restauración ó los sucesos que después ocurrieron en Francia; y el testimonio del gran novelista se buscará en su *Comedia Humana*, aún cuando en sus páginas no aparezca la verdad en su íntegro desarrollo.

Especial recordación merecen también la fecundísima Jorge Sand que concurrirá, como Balzac, ante el tribunal histórico, con la narración de sus discusiones sociales, sus teorías filosóficas, sus revelaciones picantes, sus observaciones interiores, sus análisis

(1) *Répertoire de la Comédie humaine*, 1887.

minuciosos de la vida contemporánea, que van hasta el origen y los móviles de los actos y pasiones; (si bien su contingente estará empañado por las nébulas de su idealismo); y Stendhal, el disector del espíritu, que con tan exquisita fineza excudriña las ideas, inquiere su proceso y penetra en la psicología social, después de un estudio paciente, minucioso é intenso, y ve quien se ha dicho tan gráficamente que «desnuda el alma humana».

Cuando se estudian las novelas contemporáneas francesas, que agitan las ideas y forman en rededor de sí las ardientes polémicas de estética y de moral, es imposible dejar de hablar de Flaubert, el psicólogo-artista que inició la escuela de que se dá la razón y cuenta de los efectos sucesivos y acumulados del medio exterior sobre la dirección de los apetitos y de las pasiones en sus personajes y de las relaciones que hay entre las fuerzas intelectuales y voluntarias de la sensación como entre los deberes de la conciencia y las afecciones del espíritu. Manteniéndose siempre dentro de las verdaderas condiciones del arte, sus obras, aun las más atacadas, como *Madama Bovary*, serán en el porvenir buenas deponentes de la verdad ya que llevan adheridas trascendentes conclusiones sociales.

Con idéntico rasgo de realismo psicológico se imponen las no lejanas concepciones de los Goncourt y las muy recientes de Daudet, en las cuales la emoción, el interés, y aún la poesía, se adunan armónicamente en la representación de la eterna lucha de la afección con el deber.

Nosotros, que aunque no vamos sino buscando antecedentes para la reconstrucción de nuestra época, querríamos plantear aquí la cuestión de si la novela, que copia la naturaleza, que reproduce fielmente las ideas, que aun introduce las leyes orgánicas naturales en el desarrollo de los sucesos; si la novela que escoge y anota de la realidad sensible sus documentos, después de pasar á transformarse en la imaginación del autor, cumple con las verdaderas leyes de la estética. Interesante cuestión por cierto, que nos acercaría á la discusión de los principios críticos del naturalismo y del realismo en el arte; pero nos llevaría lejos del objeto inmediato de este ensayo.

Queremos sí dejar insinuado que aún ese naturalismo de Zola, que provoca las náuseas melindrosas de algunos como las defensas exaltadas de otros, será, precisamente porque ahonda en las costumbres y urge en las ideas, un arsenal histórico que contenga los

secretos del hogar, del teatro, del café, del salón, de la calle, del garito, del club, de la Bolsa, de todo aquel *maremagnun* ó confusa batahola de la vida diaria parisiense en que se chocan miseria y lujo, orgía y virtud, mentira y verdad, honradez y usura, belleza y fealdad, talento y estupidez, sensatez y locura, pureza y libertinaje.

¿Hay ahí datos para el porvenir? Tal creemos, ya que uno de los defectos en que más han insistido los adversarios de Zola, es que reproduce demasiado crudamente la exactitud de las costumbres. Ese mismo defecto, que arroja sombras, en lo estético, al liviano cuadro sobre el cual arroja los colores de su pintura, acre y gráfica, dará luz más tarde cuando la historia tenga que recoger no solo las grandezas sino también las miserias de la sociabilidad francesa; porque en el porvenir no sólo se querrá tener un cuadro de las virtudes sino también de los vicios. Y es precisamente hacia éstos á donde ha dirigido Zola su malvada observación interior, esa observación penetrante, honda, sensible, excruciosa, intensa y extensa que lo lleva al ideal científico en busca de las causas orgánicas determinativas de los actos.

¿Hasta qué punto puede la fisiología invadir los dominios legítimos del arte? Otro punto interesantísimo que nos llevaría á la controvertida cuestión del antagonismo de la ciencia con la estética.—Para nuestro objeto, bástenos decir que cualquiera rama de la ciencia puede ser eficaz como elemento aprovechable más tarde en la reconstrucción de una idea.—Por esto, aún el crudo darwinismo, introducido en los dominios del arte, puede darnos después la razón de muchos misterios de la vida contemporánea.

¿Y quién puede negarnos que aún la famosa *neurosis* que, con instintos de sabio, persigue Zola en la familia de sus *Rougon Macquart* no pudiera invocarse en el porvenir para explicarse alguna transformación ó algún acto del presente?

La novela experimental, fundada en las leyes fisiológicas y en los principios de Claudio Bernard, expuestos en su *Introducción al estudio de la medicina experimental*, será todo lo anti-estética que se quiera; pero es el hecho que responde á un verdadero método científico, ya que va buscando las leyes naturales que rigen al hombre, sus pensamientos y sus pasiones. Y cabe preguntarse si un método literario que tales bases tiene puede desmoronarse así no más, como el fárrago estéril de las producciones comunes y adocenadas? Cabe preguntarse si queda uedará al porvenir de toda

esta escuela que funda sus trabajos en el estudio científico de la verdad, por más que vaya á viento y marea contra los patrones estéticos que los gustos del día han consagrado?

Pensamos que no. Pasarán las exageraciones violentas y quedará al fin lo bueno. Las oscilaciones bruscas del gusto restablecerán el prudente equilibrio ó sea la noción justa de la verdadera realidad, sustentada en un sistema literario exento de la pasión exclusivista que solo es buena para dar al traste con las exigencias doctrinaria que no se contienen dentro de un legítimo y prudente término medio.

Mucho nos queda todavía que estudiar en la novela francesa; pero, ya que es fuerza resumir, podemos comprender entre los noveladores útiles á la historia los siguientes:

Víctor Hugo, que ha hecho vibrar la cuerda humanitaria en sus *Miserables*, escuchando los latidos del pueblo y llevando á la superficie lo que bulle en el seno de las multitudes.

MM. Erckmann y Chatriaux, que han vulgarizado la historia en episodios nacionales y sociales con un acopio de observaciones interesantísimo.

Cherbuliez, Ohnet, Claretie, Bourget, que han aplicado su talento al estudio de las costumbres y del drama interior.

Droz, que en sus estudios anecdóticos, salpicados de traviesa excentricidad siempre, de sensualismo aristocrático y de buen tono á veces, penetra con volterianismo agresivo y picante y con sensibilidad expresiva en la sátira social y pasional.

Theuriet que con espíritu fino y sonriente tristeza que no toca los lindes del pesimismo, contempla la vida real y da abundantes detalles de escenas provinciales.

En todos ellos, sobre las formas literarias, queda el residuo del realismo más ó menos exacto que en general caracteriza á estas producciones.

Si no puede establecerse la característica de las tendencias definitivas de la novela francesa, ya que en vez de comunes propósitos sólo se nota el individualismo más pertinaz; en cambio puede colegirse del carácter anecdótico que, en general, asumen los noveladores una inducción á favor de la historia que trate en el futuro de reunir en un haz los dispersos y heterogéneos hilos de la vida contemporánea.

Habiendo más individualismo en las producciones, la atención observadora se divide más, abarca muchos más hechos, comprende

más costumbres, enseña más ideas; y por ende, resulta más acopio histórico.

Se diría que las novelas sociológicas luchan por la vida como las especies animales: la que consiga reunir más verdad sobrenadará en la vorágine del torbellino que las hunde en el abismo del olvido.

¿Cuántas conservarán el justo y legítimo predicamento que las leyes del gusto otorgan sólo á la buena y severa observación?—No es posible determinarlo; pero es seguro que las que lo conserven, será porque tienen algo que no perece con la ficción, algo que subsiste á las transformaciones convencionales de la moda, algo real que sirve de ejemplarizadora enseñanza.

Esta clase de novelas, que conserven las tradiciones actuales, con el sabor propio de la época, que acierten á desentrañar los hondos misterios de la vida, serán las individualidades más meritorias y realistas que darán congruentes respuestas significativas á las preguntas del historiador en las venideras edades.

III

Lleguemos á España.

Brillan actualmente para ésta días de vigoroso empuje literario, que se acrecienta más y más.

La novela ha sufrido en los últimos años una renovación total, un cambio de frente de muy buen augurio, llegando á constituirse en género esencialmente español, sin mezcla de extranjerismo.

Su regeneración se debe á Varela, Pérez Galdós, Pereda, Alarcón, Alas, la Pardo Bazán, que han hecho esfuerzos por darle el carácter verdaderamente social y psicológico hácia el cual debe enderezar sus trabajos y sus estudios el novelista contemporáneo.

Sus esfuerzos no han sido estériles, pues la abatida y maleada literatura española sale triunfante de su letargo.

La novela de costumbres—que presenta la sociedad relacionada con los problemas del orden moral y material que la agitan, y estudiada desde el punto de vista de la realidad, no escaseando la disquisición psicológica de los caracteres ni la investigación sobre las tendencias de los hombres y de las cosas y sobre el espíritu que guía el desarrollo de las instituciones;—ha hallado, en España, plumas ilustradas que la cultiven con brillo y con éxito.

Es alentador contemplar que en nuestra madre patria, que, hasta hace no muchos años, ha estado dominada por sombras funestas en religión y en política, se verifique una evolución civilizadora que cambia ideales, instituciones, hábitos, y que este espíritu novador llegue á modificar profundamente el modo de escribir la novela, dándole un carácter docente, crítico y filosófico.

Ello es consolador, lo repetimos, pues esta tendencia va á minar la novela religiosa y á abatir esa ciudadela de la superstición en que se había encerrado nuestra antigua metrópoli. Á esta transformación literaria, que ha desterrado el pueril misticismo y dado eficacia y vida á los estudios serios, no poco ha contribuido la influencia de Francia, que en materia de letras dirige todo movimiento de innovación.

Hagamos una excursión al través de las principales novelas de este siglo.

Fuera de Larra y Escosura, que ensayaron la novela histórica con poco éxito, de Fernán Caballero, que escribió con despierta facundia, y de Nombela, Ortega y Frías, que apenas si han salido de la mediocridad con sus producciones, preséntanos Pérez Escrich y Fernández y González como cultivadores del género novelesco.

Estos dos fecundísimos escritores, llevando la novela por senderos poco en armonía con el espíritu que debe animarla en nuestros tiempos, se han esforzado en acumular interminables aventuras, no pocas veces inverosímiles, pero siempre destinadas á infundir pavor y sensación en la mente del lector, y se han dejado guiar por su poderosa fantasía, cualidad que en ellos no es paradoja llamar defecto, pues los ha inducido más á escribir con la velocidad del relámpago, que á meditar y reflexionar con calma y con estudio. Superficiales, amigos decididos de los estudios de pasión, apenas han cultivado la novela histórica, cuando pudieron haberlo hecho con éxito, desde que no carecían de los dotes y de los conocimientos necesarios, abrillantados con un talento de primer orden, pero mal dirigido.

Alarcón, miembro de la Academia española, tiene novelas merítisimas, no sólo por el primor de su estilo, sino por el chiste ingenioso de que están salpicadas unido al interés que sabe dar á las escenas y á los personajes. *El sombrero de tres picos*, *El escándalo*, *El niño de la bola*, son producciones que no caerán al olvido tan

fácilmente. Sensible es el criterio ultramontano y reaccionario á que ha ajustado la concepción.

Valera, académico también, ha confeccionado novelas que se distinguen por su carácter trascendente, por su intención filosófica, por su acopio de doctrinas y por su profundidad psicológica. El espíritu escéptico y crítico del celebrado autor de *Pepita Jiménez*, de *Las ilusiones del Doctor Faustino* y de *El comendador Mendoza*, se refleja en cada página, no menos que su entendimiento reflexivo. Cuestiones sencillísimas ha solido hacer interesantes, con los recursos de su atinado y discreto ingenio, de su rica y elegante fantasía y de su inagotable y chispeante salero andaluz.

Pérez Galdós, la más alta personalidad de la novela española de nuestros días, ha publicado sus *Episodios nacionales*, escritos á la manera de los de MM. Erckmann y Chatrian. Su abundante colección de novelas que son vivos cuadros de la historia política y militar contemporánea de España, entrañan lecciones y enseñanzas de importancia.

Todas sus posteriores producciones obedecen á un plan determinado y tienen estrecha ligazón entre sí. Sea en *Doña Perfecta* y *Gloria*—en las cuales plantea y resuelve el problema religioso con elevación de espíritu—ó sea en *El Doctor Centeno*, *La de Bringas*, *Lo prohibido*—que son las últimas novelas que conocemos,—Pérez Galdós manifiesta cualidades insignes de maestro en la observación y en la perspicacia para comprender toda la importancia que tienen el análisis interno y el dato fisiológico bien estudiados. El futuro historiador hallará en las novelas de este fecundo escritor, una fuente de información nutrida sobre la sociedad española.

A Pérez Galdós puede estimársele como el tipo del novelador.

No menos importantes para el historiador son las novelas de Pereda, el autor de *El sabor de la tierruca*, *Pedro Sánchez*, *Don Gonzalo*, *De tal palo, tal astilla*, *El buey suelto*....., *Los hombres de pro*, *Sotileza*. En este novelista, descuella así la regocijada broma como la observadora profundidad, la intención y la experiencia social como la riqueza de descripciones animadas y observaciones exactas de costumbres generales é individuales, especialmente santanderinas.

López Bago, en su serie de novelas, *La buscona*, *El cura*, *La señora de López*, *La pálida*, *La querida*, *La totería*, *Luis Martínez el espada*, ha retratado tipos matritenses con gráfico colorido,

siendo algunas de ellas estudios médico-sociales de profunda intención moral.

La señora Emilia Pardo Bazán, autora de *Fascual López*, *Un viaje de novios*, *El cisne de Vilamorta*, se distingue por su talento reflexivo, por su observación perspicaz y menuda. En sus novelas, que tienen un dejo naturalista muy pronunciado, la ilustrada cornesa sabe hacer sentir y pensar.

Palacio Valdés, en *El señorito Octavio*, *Marta y María*, *El idilio de un enfermo*, *José*, *Riverita*, *Maximina*—tiene retratos y cuadros de género que pintan los vicios y los defectos de la sociabilidad española, que dan á conocer el espíritu crítico y satírico del autor.

Además de estos novelistas hay otros de más ó menos mérito en la literatura contemporánea española, entre los que figuran: Trueba, espíritu festivo que ha tratado con ligereza encantadora cuestiones varias en novelitas en las cuales no se sabe qué admirar más, si la gracia picaresca y juguetona con que dibuja sus tipos, ó la inimitable naturalidad que retoza en sus cuadros; Leopoldo Alas que lleva á sus novelas, como *La Regenta*, que es la mejor—la finísima percepción y la analizadora causticidad del crítico no menos que su talento para pintar la vida interna y la relación estrecha del cuerpo con el espíritu de los personajes; Ortega y Munilla, el brillante revistero de la crónica madrileña que en sus *Narraciones contemporáneas*, une á la elegantísima fluidez de su estilo, la finura ática y la profundidad de su criterio; y Alfonso, Martínez, Picón y otros, han hecho ensayos, más ó menos felices, para cultivar la novela contemporánea; pero están lejos de competir con Valera, Pérez Galdós, Pereda, ni en el estudio de los hechos sociales, ni en la profundidad de concepción, ni en la síntesis para investigar el carácter de las costumbres ó el espíritu de las ideas.

Este gran desarrollo del género novelesco, que sigue de cerca las tendencias contemporáneas, es bastante elocuente, y se manifiesta por el cultivo de los estudios serios y análisis morales que publican las prensas matritenses.

La influencia que han ejercido en España las corrientes francesas son bien acentuadas, sobre todo en los últimos años; el resultado de ellas es que, sobre las ruinas del sentimentalismo y del misticismo en literatura, se levanta el arte psicológico-social, empapado en las tendencias de la vida moderna, que es, á la vez, sin-

tesis de idealismo y de realidad que viene á completar el realismo clásico y castizo que campea en las antiguas producciones con picaresca gallardía.

IV

Estas corrientes del realismo en la novela, que venimos encontrando en Inglaterra, Francia y España, han llegado también á Italia y Rusia.

En Italia como tipo de novelador realista está Salvador Farina que en sus cuadros de un acentuado humorismo, descueña un fondo de filosofía social y de fina observación interior.

Llamado el Dickens italiano por sus aptitudes de análisis, justifica este honroso calificativo con su perspicacia un tanto excéntrica y sus rasgos geniales de malicia que se manifiestan en gráficas expresiones y en escenas de familia admirablemente escritas, en las cuales suelen escapársele sus puntillos de naturalismo. Eso sí, naturalismo elegante y de buena ley.

Cuanto á Rusia, la historia recogerá las confidencias de Gogol, Tourguenef, Tolstói y Dostoïevsky, que han retratado la sociedad entera de su país, de una manera fidelísima, con sus costumbres populares, su nihilismo sombrío, su servilismo administrativo, su régimen despótico, sus sangrientas conflagraciones. Por la índole de sus gustos naturalistas estos escritores expresan, sin otra deformación que la que reclama la personalidad artística, las verdades amargas que la prensa amordazada no se atreve á estampar y los misterios que para salir á luz piden el velo de la ficción. Los ilustres noveladores han reproducido con abundancia minuciosa de detalles la vida rusa que se desliza ardiente en medio de la estepa y altiva ante el chasquido del látigo.

Todavía en América del Norte no cunde la novela realista, pero empieza á desarrollarse, mediante las corrientes que de Inglaterra han emigrado.

Fuera de Cooper y de Poë, están Bret Harte, Cable, Howel, James, que han retratado junto con las sierras de California y de Boston ó Nueva Orleans, la vida nerviosa y turbulenta de los grandes centros, sus meetings, sectas, costumbres populares, y los caracteres diferentes del temperamento de esta raza que posee las robustas cualidades de la juventud. El historiador encontrará aquí

estudios profundamente interesantes de la vida contemporánea en América, en que no escasea el análisis psicológico, heredado del realismo dickenniano.

En Sud-América, aunque en la República Argentina y Colombia se han hecho ensayos distinguidos, puede decirse que no hay una magistral novela realista, propiamente nacional ó que represente las tendencias generales que hemos visto reproducirse en otros centros literarios. ¿Por qué esta diferencia con la América del Norte? Es cuestión de raza? de temperamento? No deja de ser curioso el fenómeno apuntado si se contempla que nuestro espíritu imaginativo, hereditario de la raza latina, podía sobrepujar al materialismo frío de los norte-americanos.

Por un tiempo tuvimos la pretensión de creer que los *yankees* no vivían sino para la industria y el comercio; que los intereses materiales y fabriles ahogaban toda manifestación literaria. Nada más inexacto. Se ha cultivado con brillo la literatura poética, novelesca, científica, constitucional, sin que ello implique que los Estados Unidos no puedan ensanchar su progreso industrial, hacer invenciones y propender á la vida práctica del trabajo activo que nunca se cansa ni se agota, porque es fuente de riqueza pública y privada, de estabilidad y de engrandecimiento. Estas nobilísimas cualidades del pueblo norte-americano para mantenerse no necesitan vivir á expensas del sentimiento, de la poesía, de las artes ó de las letras. La literatura y la industria se concilian perfectamente: ¡el ingenio no se ahoga entre el humo de las fábricas ni se altera por el ruido del martillo que golpea incesante en los talleres!

Y los sud-americanos con tener más imaginación, según el común sentir, con vivir más apegados á los intereses intelectuales ¿por qué no pueden estantar un desarrollo igual á la enorme producción norte-americana, que ha llegado á despertar los celos de la vieja Albión? Y en el orden literario á que nos referimos ¿en dónde están los grandes noveladores psicológicos que abren profundos surcos en las ideas y llegan á llamar la atención europea? ¿Cuáles son las novelas genuinamente sud-americanas que pueden presentarse como tipo, de sabor característico, en que se estudian los problemas sociales y políticos, las ideas fundamentales i las costumbres salientes nuestra sociabilidad?

No hay línea de comunes intereses que junte en un haz armónico las diversas producciones para quitarles el sello de aislado

individualismo, que hoy caracteriza á nuestros noveladores, cualidad que cuando no alcanza al genio que funda sistema original y propio sólo es eficaz para debilitar el carácter general.

V

Concretando nuestras observaciones á Chile ¿qué vemos?—Hemos tenido extraordinarios florecimientos literarios que luego se han esterilizado.

¿Hemos tenido eximios noveladores, maestros en el arte de observar?

La historia de nuestra novela no es de las más brillantes.

Da verdadera pena el estado de abatimiento en que se encuentra este género literario. Apenas tenemos unas pocas buenas novelas, escritas hace años y apenas una que otra publican ahora nuestras prensas, de cuando en cuando y muy de tarde en tarde, como para probar que no está muerto del todo el gusto por las letras.

¿Cuáles son las causas de esta esterilidad que nos reduce á una triste inopia? ¿Por qué soplan estos malos vientos no sólo á la novela, sino á todo género literario, en Chile? ¿Por qué el cultivo de la novela ha sido mezquinamente mediocre?

Estas preguntas no tienen otra respuesta que la falta de estímulo en la opinión y la carencia de protección al escritor, sea del Gobierno, sea de los particulares. Añádase á esto la habitual pereza que forma parte integrante de nuestro carácter nacional que no es sino el resultado del frío y matador indiferentismo del público, que por lo general no mira con ojos de agrado y complacencia al que se quema las pestañas llenando cuartillas de papel, y sí lo califica de iluso, soñador, ocioso, ó lo tilda con apóstrofes parecidos. Hasta ahora el Gobierno ha hecho bien poco, por no decir nada, en favor del desarrollo de la literatura.

Entre los capitalistas se pueden contar con los dedos de una mano, los que han arrojado una migaja de su fortuna para coope-
rar á nuestro movimiento literario.

Las letras están menesterosas de protección, de estímulos, de aplausos, de público inteligente que sepa apreciar en su justo valor las vigili-
as del talento; si esto falta no es raro que presenciemos las últimas boqueadas del arte ó lo veamos morir de consun-

ción. Ante elementos adversos y recalcitrantes, ante el silencio ó la indiferencia ¿qué extraño es que los escritores de talento—y estos no faltan por felicidad—se abstengan de producir y se dejen ganar por el desaliento?

Con todo, nuestra literatura es muy joven y nos alienta la esperanza de que la veremos brillar con esplendor, prestigiándola ingenios que cultiven los diversos géneros con éxito y con talento, de los cuales tenemos algunos ejemplos, aunque escasos.

De la verdadera novela histórico-social, tal como la exige el espíritu contemporáneo, apenas puede decirse que tenemos uno que otro ejemplar. Carecemos de novelistas psicólogos y analíticos. Aunque pocos, poseemos algunos escritores que han enderezado sus esfuerzos á retratar fases de la sociabilidad con un colorido local de indisputable exactitud, á pintar personajes históricos en esbozos más ó menos notables y á diseñar el carácter de las costumbres con fidelidad y tino.

La novela que en Chile pudiera llamarse histórica, ha sido cultivada por Barros Grez, el autor de *Pipiolos y Pelucones* y de *El Huérfano*. En estas novelas hay un acopio interesante de episodios nacionales y de hechos fisiológico-sociales de nuestra historia contemporánea, que nos dan á conocer nuestras costumbres electorales, nuestros hábitos políticos, nuestras prácticas civiles y muchos otros antecedentes de una época que puede proporcionarnos fecundas enseñanzas. No carecen, pues, de importancia, y dan no escasa luz sobre algunos personajes (como don Diego Portales) que han hecho un papel importante en la vida pública de nuestro país, presentándolos en su carácter privado y dentro del círculo de sus amigos y de sus reuniones íntimas, y sobre acontecimientos de trascendencia que son eficaces á ponernos en líneas claras y perceptibles nuestra fisonomía social en aquella época.

Como novelista de costumbres descuella Blest Gana, autor de *Martín Rivas*, *El Ideal de un calavera*, *La Aritmética en el amor*, y otras producciones de mérito. Si bien no se nota estudio profundo y verdaderamente serio de nuestra sociabilidad, hay en sus novelas fidelidad en la pintura de escenas domésticas y de costumbres como tino y firmeza exquisitos en el desarrollo de los caracteres que pone en acción. Aprovechando su poderoso talento observador y descriptivo, para descubrir el lado flaco de los hombres y el lado ridículo de las cosas, ha solido hacer una crítica ingeniosa y caústica de usos y prácticas necios y de ideas y preo-

cupaciones rancias. Ha consagrado sus esfuerzos á presentarnos, bajo formas animadas, acontecimientos de nuestra historia, relatando, por ejemplo, algunas de las conmociones intestinas que han agitado á nuestro país.

Briebe, autor de *El capitán San Bruno ó El escarmiento de los Talaveras*, ha aprovechado algo de nuestra historia y nos ha dado á conocer detalles interesantes acerca de nuestra independencia; pero carece de estudio de los hechos.

Palma en alguna de sus novelas—*Misterios del Confesionario*—ha planteado el problema religioso, estudiando bajo aspectos curiosos la vida de intrigas de los malos sacerdotes.

Pacheco también ha hecho estudios semejantes que para más de una beata escrupulosa y timorata deben tener un sí es no es de irreligiosidad. Ha ensayado, pero con mal éxito, la novela zoliana en *Las hijas de la Noche* en la cual cae en el defecto de la exageración, empapando la brocha en subido vermellón al referirse al vicio de la prostitución con detalles muy gráficos, lo que hace desmerecer á esta obra, que por otra parte es de mérito muy desigual. Más feliz ha andado en su ensayo de novela histórica, *La Generala Buzendía*, que contiene reminiscencias de interés acerca de nuestra última guerra.

Grez, autor de *Marianita*, *El ideal de una esposa*, se distingue por su facultad de observación y su perspicacia para tocar los resortes de la emoción y del interés en sus temas sociales.

Lastarria, decano y maestro de nuestros publicistas, ha escrito algunas novelitas de corto aliento pero de fantasía exuberante y de brillantísima imaginación, en las cuales estudia la vida hispano-americana. En algunas de ellas—*Don Guillermo y Mercedes*—bajo la forma de una alegoría, hace alusiones y recuerdos de una época de nuestra historia política, que se traslucen á través de la ficción.

Fuera de estos escritores no hay otros que, igualando á los anteriores, hayan cultivado la novela en Chile. Por felicidad, en los últimos años han aparecido algunos jóvenes que son una esperanza para la literatura patria, los cuales en las primicias de su talento, manifiestan si no un completo desarrollo de las facultades y condiciones del novelista, al menos un germen de brillantes aptitudes que pueden tornarse, con el ejercicio y con el estudio, en fuente fecunda de buenas y acabadas producciones. Entre ellos figuran Egaña, Solar, Cruz, Montt, Ureta, Silva de la Fuente

Murillo. En las novelitas que han publicado—que son una alentadora promesa—se exhiben dotes muy apreciables. Afectos principalmente á los estudios de pasión, han desatendido los estudios históricos que tan rico é inexplorado terreno les ofrece para analizar detalles interesantes de sociabilidad, política, religión etc.—Ojalá que enderecen sus esfuerzos al cultivo de la novela psicológico-social, conforme á los gustos del día, y al estudio de nuestra propia historia en sus múltiples fases, sazónándola con episodios del hogar y de la familia, con pormenores é incidentes eficaces á caracterizar nuestra época y nuestros hombres y á fijar la filiación de nuestras ideas y tendencias y de nuestros hábitos nacionales.—He aquí un bellissimo campo en que pueden y deben ejercitarse; para acometerlo, necesitan investigación de los hechos, criterio fino y analítico, no exento de filosofía, para apreciarlos en su verdadero significado y trascendencia. Con estas cualidades la novela será un estudio crítico-social en el cual hallará preciosos datos el futuro historiador.

Defecto harto común, por desgracia, ha sido entre nuestros novelistas históricos, al presentarnos algunos personajes, la pasión por agigantarlos y embellecerlos poéticamente, desnaturalizando y falsificando su fisonomía. En el propio defecto cayó, extraviado por su poderosa fantasía, el más fecundísimo de nuestros escritores, Vicuña Mackenna, en algunos de sus trabajos históricos, concebidos casi siempre de prisa y muchas veces sin criterio filosófico y sin conocimiento verdaderamente detenido y serio de los hechos.

En general, en todas las novelas publicadas se deja sentir la falta de un estudio concienzudo de nuestra historia, contemplada desde un punto de vista en que no haya ofuscamiento por influencias de simpatía, antipatía, intereses de partido ó sectarismo.

La brillante juventud que ha hecho sus primeros ensayos y cosechado sus primeros laureles no debe desmayar. Aliéntanos la confianza de que los que pueden y deben animarla con sus aplausos y estimularla con su protección no trepiden en hacerlo, á fin de que el porvenir literario en Chile no se desvanezca ó caiga herido de muerte ó consunción por el ciego helado del indiferentismo ó de la decepción. El camino está iniciado. *¡Go a head!* ¡Adelante! debe ser la divisa que guíe y anime á nuestros jóvenes compatriotas.

*
* *

La rápida excursión que acabamos de hacer al través de las producciones novelescas de algunas literaturas, nos permite llegar á fijar de un modo general la conclusión de que la novela social contemporánea puede ser invocada por el historiador futuro como fuente de información relativa más ó menos cierta, acerca de las ideas y de las costumbres de nuestra época. En absoluto y de una manera completamente fidedigna, como ya lo hemos insinuado y como lo comprobaremos después, la novela es ineficaz á la concepción histórica, desde que ésta por su espíritu positivo y experimental rechaza lo subjetivo, lo que no se basa en hechos concretos y determinadamente comprobados.

TERCERA PARTE

Materiales históricos de la novela sociológica

SUMARIO.—I. Hechos sociales.—II. Estudio de las ideas.—III. Costumbres.—IV. Espíritu de los sucesos políticos.—V. Vida social.—VI. Examen analítico.—VII. Transformación de las tendencias.—VIII. Elementos de civilización.—IX. Carácter de verdad relativa de estos materiales.—X. La duda como elemento de crítica histórica.—XI. Pesquisa de la verdad.—XII. La historia como ciencia social.—Conclusión.

I

Ha llegado el momento de entrar á analizar los materiales históricos que hay en la novela contemporánea. La existencia de de éstos la hemos evidenciado, de paso, en las páginas anteriores.

Tócanos ahora dar más desarrollo á este asunto.

Desde luego, tenemos como elemento principal, los hechos sociales. Estos se presentan con un colorido de verdad tal que pueden ser considerados en cierto modo como hechos históricos, pues el novelista no los disfraza ni podría disfrazarlos tampoco, so pena de faltar á un deber primordial en el escritor de nuestros tiempos, que no es otro que ser fiel intérprete de la realidad. El tinte poético que para amenizar la narración se adopta, toca á la forma sólo, dejando el fondo intacto. Los arabescos y las flores de la fantasía no alteran en un ápice el carácter intrínseco de los hechos sociales, los cuales deben destacarse en toda su verdad en toda su desnudez. La historia no siempre ha dicho la verdad por entero, que más de una vez se ha alzado sólo una punta del velo que la cubre; el novelista debe descorrerlo por entero y decirlo todo por más que hiera sentimientos muy respetables para algunos, ó tenga que marcar algunos lunares en reputaciones hasta ahora

falsamente inmaculadas. La vista analítica del novelista llega hasta el fondo de las cosas, abarca los detalles, los desmenuza, los revuelve, los levanta y los depura, al fin, de toda maleza ó exagerado y ridículo sentimentalismo.

El platonismo histórico que, socapa de respeto ó veneración mal entendidos, calla lo malo ó lo disfraza, no tiene por qué caber dentro de un orden regular y de un criterio positivo en la composición de la novela contemporánea. El estudio de los personajes en la vida íntima, desprovistos del oropel de la majestad y de la pompa oficial, encierra notables enseñanzas que deben ser exhibidas.

Se ha dicho que no hay héroe para un ayuda de cámara; que igual cosa pueda decirse del novelista que como aquél debe espiarlo todo, saberlo todo, verlo todo: grandeza y bajeza, lodo y gloria, valor y cobardía, virtud y vicio, egoismo y altruismo.

Por esto es que cuando se ha tratado de presentar alguna de las llagas sociales, el novelista contemporáneo ha hundido su escalpelo hasta el fondo, por más doloroso que sea y por más que tal procedimiento se parezca á la brutal impasibilidad del cirujano.

La historia bien poco podrá sacar de la novela si ésta deja de ser analizadora, positiva y social; si encuentra en ella rica fuente de información es porque perfila los hechos con precisión microscópica. Encierra grandes enseñanzas este espíritu filosófico que investiga la realidad de la vida y nos presenta los hombres y las cosas tales como son, con detalles íntimos que explican el modo de ser de aquellos y que aclaran el por qué de la verificación de éstas.

II

El estudio de las ideas que agitan á nuestra época es también un excelente material para la historia. La novela contemporánea ha expuesto de una manera detallada la anarquía moral porque atraviesa nuestro siglo, dando intensa luz sobre las encontradas corrientes que lo dividen. El problema religioso que tanta trascendencia tiene en la organización de la familia y en la tranquilidad del hogar, ha sido planteado en la novela; presentándosele en todas sus múltiples fases y haciéndose palpar las funestas conse-

cuencias que han traído siempre aparejadas la intolerancia, el fanatismo ó un sistema de creencias absorbente é irreflexivo.

Estas cuestiones que se rozan tan íntima y tan estrechamente con la conciencia, desenvueltas en toda su extensión son de trascendente importancia histórica, y el novelista no debe considerarlas, ni nunca las ha considerado, como cosas de poco momento.

Las cuestiones religiosas que afectan á algo que es tan respetable y tan sagrado como la conciencia individual, merecen, pues, un lugar, y muy importante, en la concepción de la novela.

Estudiar las causas de los movimientos que influyen en la transformación de los sentimientos religiosos, que provocan los cambios de los sistemas filosóficos, que inician un movimiento ó una reforma en el modo de pensar social; son tópicos interesantes que caen bajo el dominio del novelista contemporáneo, que expone sus consideraciones desde un punto de vista real y racional, sin ánimo preconcebido, sin pasión alguna, para transmitir á la historia juicios y observaciones imparciales por entero, y no falseados por las propias ideas individuales que el escritor pueda tener.

De ordinario esta serena imparcialidad no tiene aplicación práctica, tratándose del peliagudo tema de las creencias, pues á menudo suele acontecer que el criterio se ofusca por el sectarismo, y en este caso las cosas no aparecen tales cuales son, sino presentadas tales como quiere que aparezcan el escritor, que las ve tras el prisma, apasionado y por lo mismo engañador, de sus propias convicciones.

Como quiera que sea, este material es asaz importante y digno de meditación, porque manifiesta el espíritu que preside la reforma de las ideas y la evolución de las instituciones, presentando un bosquejo acabado de la vida intelectual y moral y de las corrientes generales que agitan á la sociedad contemporánea.

Como hemos dicho antes, puede afirmarse que la novela, en cierto modo, es como un espejo de nuestra época: refléjanse en ella con fidelidad fotográfica no sólo las grandes y visibles corrientes que conmueven á la sociedad, sino también los más insignificantes detalles, imperceptibles para muchos á primera vista. Y este es el deber del novelista contemporáneo que en este caso desempeña el oficio de filósofo y de historiador.

Al presentarnos el aspecto general de las ideas dominantes, estudia la historia de una época, como producto y consecuencia parcial de su estado intelectual y de su cultura, discerniendo los

móviles de los sucesos y buscando la ilación filosófica de éstos, como resultados inevitables de otros. De otra manera, presentando los hechos aislados, sin conexión y sin ligazón alguna, el novelista se nos antojaría sin criterio filosófico y desconocedor de las leyes que rigen de una manera positiva los humanos acontecimientos. Debe, pues, tratar de inquirir y presentar, de un modo racional, la filosofía de los hechos como la historia de las ideas.

Con este modo de proceder, acumula datos de inmenso valor al futuro historiador que quiera hacer estudios sobre las ideas de nuestra época.

El novelista en nuestros tiempos está penetrado de la necesidad de investigar las ideas que producen los hechos, antes que entretenerse en la mezquina y descarnada descripción de ellos. Es más importante averiguar, antes que el hecho mismo, los antecedentes y las causas de un acontecimiento y los resultados y consecuencias que trajo consigo y que se dejaron sentir en el medio social. Esto está ajustado á un criterio filosófico y experimental que antes era desconocido, pero del cual ahora no es posible prescindir, so pena de caer en la antigua y santa rutina.

III

Igual importancia, si no mayor que las ideas, tiene el estudio de las costumbres, que en las novelas de este género hace el escritor contemporáneo.

Desde luego tenemos que las costumbres no son sino el reflejo de la cultura social y la obligada y necesaria consecuencia del estado intelectual. Están íntima, estrecha é indisolublemente ligadas con las ideas.

Para conocer de una manera completa la sociedad, menester es el estudio prolijo del carácter de las costumbres y de su razón de ser. El novelista, al analizarlas, debe proceder como el sociólogo, que somete á leyes determinadas así las instituciones como las creencias de las diversas épocas de la humanidad. Por consiguiente, conformándose á los gustos del día, busca el espíritu de las costumbres y se las explica de un modo racional y lógico. Para el historiador es de capital importancia este estudio crítico y filosófico de las costumbres, que antes estaba en un completo abandono

y cuya verdadera importancia se estaba muy lejos de comprender en toda su extensión.

Hoy la ciencia sociológica tiene especial interés en hacer un estudio completo de las costumbres, de su origen, de su carácter etc., para someterla á leyes fijas en su desenvolvimiento, ó en su adaptación de un país á otro. Como productos del medio social y moral, tienen una especialísima importancia, traducible en ejemplo y en lección que deben ser debidamente aprovechados.

Así lo ha comprendido el novelista de nuestro días, y por esto es que al ocuparse de las costumbres, se ha detenido un poco, ha contemplado su espíritu y ha hecho reflexiones tendentes á poner en claro peculiaridades íntimas de la organización heterogénea y variadísima de la sociabilidad en diversos pueblos y en distintas épocas, que convergen á dar una explicación más ó menos completa sobre la marcha siempre ascendente que han seguido las ideas morales.

IV

Otro material importante que el historiador futuro puede coger en la novela social es el que se relaciona con el espíritu de los sucesos políticos. El novelista contemporáneo que comprende su verdadera misión, estudia detalladamente la ciencia política, aplicada á la forma y á la organización de los gobiernos; y al hacerlo, se explica los cambios de opinión ó las corrientes de los partidos por leyes verdaderamente positivas que son parte integrante y constitutiva de la política. Esos movimientos que en el régimen interno de un país se suceden, no obedecen al capricho de las agrupaciones personales. De ninguna manera: obedecen á leyes sociales de que los partidos no pueden desprenderse y de las cuales no pueden hacer abstracción. Los partidos de ideas definidas se rigen por los principios que defienden y que están sintetizados en un programa más ó menos verdadero, más liberal ó más ultramontano, más progresista ó más reaccionario, más democrático ó más aristocrático, más libérrimo ó más despótico. Para la vida de un país son de suma importancia los cambios políticos: entran por consiguiente, en el campo vasto y fecundo que debe explotar el novelista contemporáneo, como se comprende, dentro del arte y para el arte.

Al presentarnos, en formas estéticas sensibles, con el colorido real y verdadero las evoluciones políticas, tiene en vista la previsión para el futuro. Evidente es que será profundamente aleccionador un estudio sobre los males ó los bienes, sobre las consecuencias favorables ó adversas, sobre los medios honrosos ó indignos de que han echado mano las agrupaciones y caudillos políticos, en determinadas épocas, para escalar el poder, conquistar los altos y bien remunerados puestos, ó alcanzar los honores y prerrogativas de los que van tras la pitanza ó tras la gloria.....

El historiador, en el porvenir, recogerá cuidadosamente todos los antecedentes que, guiando por buen camino ó extraviando el criterio público, han influido en la vida interna de una nación.

La forma dramática de la novela y los mil recursos que puede poner en juego el autor, se prestan á dar maravilloso colorido á los episodios políticos que han convulsionado un período histórico, aun contemplados en la región serena y luminosa de los principios y de las ideas. No han faltado escritores que lo han hecho con talento admirable, así en las novelas americanas como en las novelas de las literaturas europeas. En Inglaterra, sobre todo, como hemos visto, ha sido cultivada con éxito la novela política; y en los Estados Unidos no escasea la sátira aguda de la democracia.

La importancia que aquélla tiene es evidente y será apreciada en lo que vale cuando se quiera hacer la reconstrucción de la vida política de nuestros tiempos.

No dudamos que la novela político-social podrá ser invocada, en el porvenir, como fuente de información para conocer así los personajes que han figurado en la vida pública, estudiados en la vida privada también, como el espíritu que ha presidido las evoluciones políticas ó las transformaciones de los hábitos electorales.

Aquí en Chile tenemos rico caudal de datos sobre la política y los políticos que pueden dar material y coyuntura á un novelista para sabrosas y picantísimas observaciones, sea que las refiera á nuestras costumbres electorales en general, ó las refiera á los detalles. El voto popular *libérrimamente* expresado; el boleto de calificación vendido por un trago de chicha; las urnas asaltadas; el garrote implantado como elemento de inocente terror; el *choclon* convertido en núcleo de gentuza dispuesta á todo; el dinero destinado á corromper conciencias; la autoridad empleada como resorte intervencionista; el obstruccionismo y la majadería pues-

tos de moda en el Congreso; la chicana parlamentaria convertida en arma de combate y de gresca etc., etc; todo esto lo puede explotar el novelista, al lado del aspecto serio y filosófico que debe estudiar cuando contemple las manifestaciones trascendentales de la ciencia política. Como quiera que sea, ya tome las cosas en regocijada charla ó punzante sátira ó en bien intencionada lucubración en las altas regiones de los principios, el novelista que hace del estudio de las costumbres políticas y de los hábitos electorarios tópicos de sus observaciones, habrá puesto más de un dato interesante y hecho más de una reminiscencia importante, en el cuadro que debe contener la figura de los hombres públicos y la dilucidación de las cuestiones que han agitado á un país en cualquiera esfera de acción que se roce con la administración, con el parlamento, con el gobierno, con el sufragio, con la libertad, con la policía, con el sistema de elección, con la organización de los partidos etc.

Estos materiales son de fecunda utilidad histórica, y su estudio en algunos países puede unirse á las malsanas influencias que ha solido ejercer el sectarismo religioso, convirtiendo el púlpito en sitio de propaganda política ó en foco de insubordinación á las leyes; y las pastorales á la grey, en armas encendidas y ardientes de combate; y los recursos todos que puede obtener del confesionario ó de sitios parecidos, en elementos de discordia que irán á estallar en el seno de los hogares ó á hacer su efecto en la arena revuelta y agitada de la lucha de los partidos. En la reconstrucción de una época histórica no se pasará por alto esta intrusión de la santidad de la religión en las miserias de la política; por eso hemos querido hacer hincapié en este punto antes de pasar á otro orden de consideraciones.

V

En la novela social hay un estudio verdaderamente reflexivo, perpicaz y serio de la vida, en su relación con los elementos de civilización y hay una aplicación de las leyes naturales á los hechos psicológicos y morales del ser humano. En la concepción de la novela contemporánea resalta un criterio que se deduce de las leyes que rigen el universo social, una especie de filosofía de la novela á semejanza de la filosofía de la historia.

Este estudio de la sociedad, comprende todas las múltiples manifestaciones de su actividad: así la legislación como las costumbres, las ideas como la religión, la filosofía como el arte, la literatura como la industria, el comercio como la política, ó sea las fases todas de la humana civilización, subordinando este análisis á un criterio de alta filosofía que se encarna en la crítica social y que es eficaz para revelar además la constitución íntima del hogar.

Hay, pues, en la novela moderna una verdadera disquisición filosófica, llevada hasta inquirir todos y cada uno de los ideales y propósitos de la sociedad, contemplados en aspectos y situaciones tales que presenten la vida con un realismo admirable al par que con un idealismo moderado.

Estas investigaciones estético-filosóficas al mismo tiempo que psicólogo-morales, son materiales que aprovechará mañana el historiador cuando quiera verificar la reconstrucción de nuestra época desde el punto de vista de los principios que nos rigen, de las costumbres que nos caracterizan, de las ideas que nos dividen, de las tendencias que nos impulsan.

VI

La tendencia del examen analítico que hace que la novela social presente hombres y cosas en sus múltiples manifestaciones, con acopio nutridísimo de detalles, proporcionará en lo porvenir á la historia una fuente de información bastante eficaz.

La minuciosidad que revuelve con tesón y la prolijidad que investiga y desmenuza, descubren con frecuencia aspectos desconocidos por completo, y hacen brotar inesperada luz sobre puntos históricos que no han sido mirados sino por su superficie.

No siempre los grandes hechos obedecen á grandes causas.

Es, pues, interesante la investigación de los antecedentes ó preparadores de una acción, de un invento, de una hazaña, de una teoría, de un estado social, de un sistema filosófico, de una costumbre etc.

Porque es indudable que los hechos no son productos espontáneos de la sociabilidad, no son acontecimientos aislados y sueltos; nó: hay antecedentes que los han hecho surgir, hay múltiples

causas que los han desarrollado; hay raíces de donde arrancan sus caóticos orígenes.

El novelista tiene la precaución de investigar con prolija detención esas causas, esos orígenes, esos antecedentes; de este modo hace una buena parte del trabajo de reedificación del pasado que el historiador tiene que emprender.

Y este estudio minucioso de los detalles no sólo tiene atinencia con los hechos exteriores: alcanza también a las situaciones psicológicas de los personajes, las cuales, obrando sobre su espíritu y moviendo su voluntad, los deciden á ejecutar una determinada acción.

VII

No menos luz sacará el historiador del estudio de la transformación de las tendencias y de las ideas precursoras de una época intelectual, como de cualquiera manifestación pertinente de la actividad del hombre, que merezca la atención del novelista de nuestros días.

Digno de investigación es el movimiento evolutivo que se va verificando paulatina y lentamente en el espíritu de las corrientes impulsoras de la humana actividad. Se comprende sin esfuerzo lo importante que es aquella investigación para la comprobación de las leyes á que están sometidos el origen, el crecimiento y el desarrollo de todos los productos de la inteligencia, especialmente las creencias.

El novelista, al analizar una época, diseña el carácter de las tendencias generales, si es que trata de darse cuenta cabal del por qué de un estado social determinado, del por qué de un sentimiento predominante.

Procediendo de este modo, hace investigaciones que suelen ser tomadas en cuenta por la sociología, ciencia coetánea de grandísima importancia, que, inquiriendo con prolijidad las acciones y reacciones de las ideas, las luchas intensas á que están sometidas las tendencias, las transiciones porque pasan y coordinando estas observaciones en un sistema científico, llega á conclusiones eficaces á reconstruir un período pasado de la historia. Porque las evoluciones que ahora se notan en las ideas, han debido precisamente

verificarse en los orígenes primitivos de las sociedades, que han perecido ya, sin dejarnos sino uno que otro rastro de su existencia.

Seguramente este estudio es más propio de la historia que de la novela; pero es muy cierto que ésta puede hacer caber dentro de sus cuadros, dichos estudios que no sólo son destinados á provocar el placer estético sino también el interés científico, y que caben dentro de la órbita de investigación que el novelista social tiene el derecho y el deber de contemplar.

Ellos son, por consiguiente, materiales de no escasa importancia histórica, y por esta razón hemos querido dejarlo aquí establecido.

VIII

La novela comprendida en el trascendente carácter con que la hemos visto aparecer en las páginas anteriores, hace entrar en sus cuadros á semejanza de la historia—como ya lo insinuamos—la mayor parte, si no los elementos todos que influyen en la marcha de la humanidad; y desprendiéndose del estudio científico que es inherente á la concepción histórica de nuestros tiempos (y que en la concepción novelesca sería inconveniente y absurdo) vá tras detalles individuales y sociales de la vida real que nos presentan un país y una época dados, con sus ideas y sus sentimientos, con sus instituciones y sus personajes, moviéndose al calor de las pasiones ó de encontradas corrientes de la opinión.

I como la índole más acentuada de la novela moderna es el cuidado que pone en el estudio de las relaciones fisiólogo-psicológicas, así en lo malo como en lo bueno, aparecen datos interesantes eficaces para dar á conocer en su generación íntima todo lo que bulle, todo lo que se mueve dentro de las entrañas del cuerpo social.

Es de valiosa importancia histórica la investigación de estas relaciones que manifiestan el trabajo de evolución de todos los gérmenes sociales que han de tornarse, ó en ideas de derecho, de orden, de progreso, de virtud, de libertad, ó en ideas de injusticia, de anarquía, de retroceso, de maldad, de despotismo.

En la amplísima atmósfera de la vida contemporánea caben así los elementos nocivos que gastan y atrofian la actividad humana

como los elementos regeneradores que la conservan y la robustecen. Unos y otros son estudiados en la novela de nuestros tiempos de un modo tal que nos han hecho afirmar, desde el principio y venir sosteniendo en seguida, que ella podía proporcionar en el porvenir al historiador materiales de algún valer.

Todos estos materiales que, á la ligera hemos recorrido, pueden ser invocados como fuente de información para la reedificación de nuestra época, ya se los encuentre en la novela histórica ó en la sociológica, cuyos tipos más perfectos son Walter Scott, Balzac, Pérez Galdós.

Los historiadores futuros, si los hay de la talla de Ranke Thierry, Thiers, Buckle, Guizot, Mignet, es posible que recurran á la novela psicólogo-social para encontrar la clave de muchos misterios de nuestra actualidad, de muchas costumbres que ahonda el novelador, de muchos ecos que recoge en sus páginas, tomados del secreto hormigueo que turba nuestras instituciones y que calladamente se agita y hierve en el seno de las multitudes. Es posible que se acerquen á esta fuente que puede darles el incógnito detalle de muchas miserias que no suben á la superficie y que puede indicarles el proceso de muchas ideas que el novelador estudia á microscopio en sus primeros orígenes como en sus posteriores resultados.

Esta filosofía del detalle analítico pesquisado pacientemente, es la que dará algún indicio en el porvenir de lo que han sido nuestras instituciones, de lo que ha sido nuestra sociedad, de lo que ha sido nuestro organismo político y moral.

Esta relación de lo infinitamente pequeño que transcurridos los años se pierde ó se diluye, es lo que late con tintas tan simpáticas y tan indelebles en nuestros noveladores contemporáneos; es lo que quedará para recuerdo y para enseñanza.

El historiador, animado de deseos nobles, probo, circunspecto, independiente, querrá seguramente explicarse el lado escondido, oculto de los hombres, de las ideas, de las tendencias, de los vicios, de los ideales que han constituido la variada complejidad de nuestra vida; y en esa pesquisa, echará una mirada al viejo archivo de las novelas que sobrevivan á la vorágine del tiempo que no sólo se lleva individuos sino también instituciones.

En ellas verá alzarse muchos de nuestros hombres y casi todas nuestras ideas y costumbres; y aunque allí no aparezca la verdad

en toda su integridad, habrá por lo menos líneas que se acerquen mucho á la realidad.

IX

Y aquí llegamos á una cuestión interesante que apenas hemos insinuado. ¿Qué carácter tienen estos materiales del novelador? ¿Cómo se podrá restituir la realidad á sus efectivas proporciones, después de la transformación que ha debido sufrir al incorporarse á la novela?

Tales son las cuestiones que nos proponemos estudiar en este momento, unidas al método lógico que debería adoptarse para darles el visto bueno, á datos que si, en su origen, han sido fieles y exactos, pues que han sido sacados de la realidad inmediata, mediante la observación directa, en su adaptación á la novela han sufrido naturalmente una refracción más ó menos parcial; pero en todo caso tendente á alterar las tendencias del personaje, de la idea ó de la costumbre puesta en acción—fuera de la modificación que ha debido tener al pasar por el temperamento artístico del autor.

Además, como ya lo hemos establecido, y sobre este punto volveremos después, es importante observar el rol que juega la imaginación en la concepción de la novela, como elemento disolvente de la verdad.

El novelador no abdica—¿y á donde iría á parar si abdicara?—sus derechos de fantasía. La inverosimilitud en la idea ó costumbre tiene que sobrevenir: el hecho desaparece; pero ¿queda la médula? ¿queda el sustancioso jugo? ¿se transforma sólo la superficie, quedando intacto el fondo? Si el realismo es una copia de la realidad, una imitación de la verdad, ¿no deberá quedar el espíritu de las instituciones fotografiado con sus líneas fisonómicas exactas?

Todos estos puntos surgen naturalmente, si se mira que el autor conserva su plenísimo derecho de inventor y por tanto la facultad legítima de envolver la verdad histórica en una penumbra velada é incierta. Lo cuestionable es averiguar qué grado de certeza conservan los documentos humanos y sociales, después de esta subversión.

Veámoslo.

Hemos contemplado ya los caracteres generales de la novela histórico-social, estudiado la literatura novelesca en algunos países y determinado los materiales que puede proporcionar. De las consideraciones hechas en el curso de estas páginas, fluye la consecuencia de que ella, abarcando todo el complejo cuadro de la vida contemporánea, hace una pintura semi-exacta de la realidad, desde que, por su naturaleza é índole mismas, debe contener hechos de estricta veracidad al par que concepciones de pura fantasía.

Natural es, pues, que los materiales histórico-sociales que proporciona tengan un carácter de relativa verdad no completamente seguros ni del todo fidedignos.

Desde que está la ficción mezclada con el fondo de realidad que domina en el conjunto ¿cómo el historiador irá á distinguir la una de la otra? ¿Cómo podría sacar la ley de verdad de esa amalgama?—Á nuestro juicio, tendría que apelar á la crítica, al estudio de antecedentes que hicieran luz en otros aspectos, al análisis comparativo, etc.

Y después de esta investigación paciente y detenida, aceptaría como probablemente seguro lo que hubiera de común.

Dentro de un sistema de experimentación serio y completo, lo lógico es que acuda á este proceso crítico-analítico, á esta disquisición razonada, que inquiere, desmenuza, compara y después de infinitas observaciones, deduce.

Como el químico que presentándosele una piedra que contiene varias sustancias, así la escoria como el metal fino, quiebra, lava, filtra y separa los diversos elementos, y apartando los buenos, los pesa cuidadosamente en la balanza que ha de darle la ley exacta; del mismo modo, por procedimientos casi análogos, el historiador debe separar y pesar la verdad. De modo, pues, que éste aprovechará los materiales de la novela no así no más, con el corazón ligero y á ojos cerrados, sino después de un trabajo de severa y minuciosa compulsa, que le den la plenísima certidumbre de que ellos tienen el carácter de innegable verdad.

Los aceptará sin vacilación siempre que algún vestigio, algún rastro, algún documento fehacientes, vengan á sancionar ese carácter. En caso contrario, la novela será una peligrosa maraña á la cual no es posible acercarse con confianza.



Hasta aquí hemos resuelto la cuestión desde el punto de vista relativo.

Tratádosela desde el punto de vista absoluto, ya hemos anticipado una solución negativa, que ahora repetimos aquí con la convicción de que es verdadera y ajustada á los preceptos que rigen el modo de escribir y de apreciar la historia contemporánea.

Reiteramos nuestra opinión de que, en absoluto, no puede afirmarse razonablemente que el historiador deberá aceptar á pies juntillas los datos suministrados en una novela acerca de las ideas y de las costumbres de nuestra época. En rigor, ello estaría en abierta y palmaria contradicción con el carácter experimental, casi científico que la concepción histórica tiene en nuestros tiempos. La historia para hacer hoy una afirmación necesita pruebas, documentos, hechos. ¡Ojalá que siempre pudiera tener como un célebre escritor inglés *hechos, más hechos y siempre hechos!*

Antes se escribía la historia de cualquier manera, á la diablo, como vulgarmente se dice, sin escrúpulo alguno, sin criterio filosófico, estampándose especies completamente falsas ó erróneas.

Y esto más de un sesudo historiador, *in illo tempore*, lo ha hecho. La audacia ó el candor ha llegado hasta publicar lo que pensaban en su interior algunos personajes, habiendo solido darse á la estampa verdaderos soliloquios mentales, sin que para darlos como ciertos haya habido alguna carta confidencial ó algún documento auténtico, sino puramente el capricho ó el antojo del pseudo-historiador.

No queremos extendernos en citar hechos concretos por no alargarnos demasiado, ó salir de los límites dentro de los cuales nos hemos propuesto hacer girar nuestras observaciones; aunque tentados estamos de citar pasajes de autores que en el plato de la historia nos han solido dar «gato por liebre», ya por falta de criterio histórico, ya por hacer gala de datos de que carecían, ya por el gusto de mentir ó por el hipo de poetizar.

Dentro de un orden correcto y lógico de estudios no pueden tener cabida estos ataques á la verdad.

Y de ello es que, consideradas las cosas en este terreno, no puede racionalmente afirmarse que el novelador sea un juez verídico.

¿Quién podría aseverarlo dogmáticamente sin contrariar los preceptos de la lógica?

Ya hemos dejado establecido al comenzar este trabajo que uno de los dotes más peculiares del novelista es su imaginación, esta «loca de la casa» según la traqueteada expresión. Siendo esto así, por la naturaleza misma de las cosas y por condición inherente de este género literario, se deduce que los hechos como las ideas y los hábitos no tienen la verdadera y propia fisonomía á consecuencia de que la fantasía y la realidad no pueden avenirse tan fácilmente.

Pero ¿qué más diremos cuando ya hemos visto que ni los mismos historiadores se dispensan de unir una y otra cosa?—Cier-to es que tal pecado no lo cometen los investigadores de buena ley; pero el hecho es que no faltan los de mala.

La tendencia de exagerar ó adulterar las cosas y las ideas, que en el novelista es excusable y explicable, no se concibe en distinguidos escritores de viajes que la han solido poner en práctica. Para dar un tinte romántico y poético á las descripciones no han tenido empacho en falsear el carácter, las ideas y las costumbres de los países que han visitado; como entre otros, lo han hecho Dumas y Gautier en sus escursiones al Oriente, cuyas vistas y observaciones están contradichas por otros viajeros, como Jaccoliot, por ejemplo.

Este audaz desenfado para imaginar hechos históricos y sociales, no es aceptable.

En rigor, la historia no debe ni puede aceptar los juicios de la novela. Y esto está en conformidad con el criterio experimental de aquélla que rechaza de un modo perentorio todo lo subjetivo, todas las idealidades, todas las vistas que no se apoyen en un serio y acertado conjunto de pruebas.

Nosotros, en absoluto, participamos de esta opinión, porque tenemos la íntima convicción de que, en un sentido estrictamente técnico y ajustado á los principios positivos, á las leyes experimentales, al espíritu de observación fehacientemente comprobado, al criterio lógico, casi matemático, que rige la concepción histórica en nuestros tiempos, no cabe otro modo de pensar.

* * *

Pero como ya lo hemos afirmado tantas veces en el curso de estas páginas, para que un documento sea utilizable en lo porvenir

no es menester que venga ataviado con toda la gravedad intachable de la verdad estricta; porque si con criterio tan estrecho hubiéramos de juzgar las cosas, muy pocos serían los datos que libres de esta salvedad se encontrasen.

La historia tiene sus complacencias para admitir á sus consejos aún los documentos de dudosísima autenticidad; usa su severidad sólo para incorporarlos á sus narraciones; y en general todos pasan por las horcas caudinas de una expurgación atinada y seria. Por ahí tienen que pasar aun los documentos más respetables como la filología, el lenguaje, el estilo que, para deducir la clave del estado moral de un pueblo, se utilizan en el minucioso estudio comparativo de sus giros, de sus vocablos, de sus letras; y según sean más ó menos afeminados y relamidos, más ó menos vigorosos y amplios, más abundantes en vocales débiles que descoyuntan la emisión del pensamiento ó en consonantes fuertes que le presten la resonancia de la virilidad, así serán las deducciones que haga el historiador acerca del abatimiento ó energía del respectivo país.

Y sólo después de minuciosas compulsas se aceptan tales documentos, del mismo modo que únicamente habiendo precedido una atinada crítica, se aceptan como valederos los juicios que puedan deducirse de la contextura de escritos en que la nota dominante es el adulo y la bojeza, ó la elevada expresión de la verdad por más dolorosa que sea á los poderosos y á los gobernantes. Así es como la historia ha juzgado á pueblos enteros, leyendo sencillamente los productos literarios, vaciados en el molde del servilismo. Así es como se ha visto comprobado el hecho de que la literatura se empequeñece y amilana allí donde el espíritu público se arrastra y serpentea por el lodo, como se dignifica y enaltece allí donde toma vuelos de águila elevándose á las cumbres. Así es como se ha podido afirmar que las literaturas baladíes y concupiscentes no revelan sino la relajación de las costumbres y la perversión del criterio moral.

*
* *

La historia se aprovechará con muchísimo tino y con no poca desconfianza de la luz que las novelas contemporáneas proyecten sobre nuestra época, de la misma manera que se puede aprovechar de otros géneros literarios, como ser la sátira ó la comedia.

No es nuevo que la historia haya tenido fuente de información, si no completamente segura al menos aproximada de la verdad, en otros productos intelectuales, descartando naturalmente muchas de las afirmaciones que no resisten á la investigación, y quitando un poco del recargado color con que á las veces se ridiculizan vicios y costumbres. Podemos citar, como comprobación de este aserto, por ejemplo, las comedias de Aristófanes y las sátiras de Horacio y Juvenal.

¿Ha sacado de ellas alguna luz la historia?—Sí, y mucha; pues las primeras presentan un retrato animado y fidelísimo de las costumbres y de los vicios de Atenas; y las segundas muestran, en muchas de sus fases, la degradada perversión de la sociedad romana; datos que son eficaces para manifestar el aspecto histórico de una época social de aquellos pueblos.

XI

Cualesquiera que sean las fuentes que pretenda aprovechar el historiador tendrá á la duda racional—esta *dulce almohada* en la cual nos reclinamos con tanta frecuencia—como una buena y discreta consejera, siempre que haya disconformidad de antecedentes. La duda, que ha minado hasta las creencias más universalmente admitidas ¿cómo dejaría de asaltarnos en cuestiones relativas, como son los hechos históricos?

La duda es un excelente elemento de crítica histórica. Está en perfecta armonía con el espíritu de severa concepción que, si no rechaza del todo, mira con cierto despego los datos en que haya alguna dosis de ficción ó cualquier materia extraña al criterio experimental y positivo. Y no puede ser de otra manera, desde que debe haber una base sólida y segura en que se apoye este criterio histórico riguroso que en nuestra época se exige al escritor que resucita á lo pasado y que nos lo presenta como lección y como ejemplo que debemos aprovechar.

Con este elemento de crítica el material histórico que proporciona la novela contemporánea tiene que ser perfectamente aequilibrado y bien estudiado para rastrear la verdad dentro de un orden correcto de ideas y conocimientos, á fin de aceptar sólo consideraciones que tengan el carácter de la más estricta impar-

cialidad, y considerar como ciertos, sin tilde de sospechosos, los datos que sobre costumbres, ideas, instituciones y personajes aparezcan y se muevan dentro del cuadro novelesco.

* *

La pesquisa de la verdad histórica, como se ve, presenta no pocas dificultades en nuestros tiempos; y al tratarse de hechos que pueden estar adulterados—sea por la pasión política, sea por el sectarismo religioso, sea por la imaginación poética del novelista que, procurando dar colorido y viveza á sus narraciones, con frecuencia nos desfigura los acontecimientos, nos modifica su espíritu, nos altera sus resultados—esta pesquisa se hace más ardua y más llena de peligros.

No pocas veces se hallará una época pasada, sazónada con el espíritu de nuestra época, y al revés, también no pocas veces los acontecimientos contemporáneos pueden estar impregnados con los resabios de otros tiempos.

Añádase á esto, la inmensa influencia que ejerce el criterio del novelista para presentar y para juzgar los hechos sociales que le son simpáticos ó antipáticos, que concuerdan ó están reñidos con sus ideas.

Esto corrobora y manifiesta una vez más el carácter de relativa verdad que tiene la novela sociológica. Como elemento de consulta seguro, fiel, completamente exacto—ya lo hemos dicho y lo repetimos una vez más—no puede ser invocada, guiándose por el criterio experimental y positivo de la historia, tal como se la escribe y tal como se la concibe en la época actual.

XII

Excusado creemos entrar á detallar la profunda revolución que la concepción histórica ha sufrido en los modernos tiempos: bástenos dejar constancia de que, entre las condiciones que el espíritu contemporáneo exige al historiador están en primer término: investigación seria y profunda así de los hechos como de las ideas, criterio experimental y positivo para estudiarlos, espíritu analítico y observador para descubrir sus causas y manifestar sus con-

secuencias, vista penetrante y escudriñadora para fijar el carácter de las instituciones político-sociales en todas las esferas posibles de actividad y para determinar la ligazón íntima que existe entre los variados elementos orgánicos de la humana civilización y del humano progreso.

Este cuadro complejo y variado—que coordina á leyes de libertad y progreso las corrientes de ideas en literatura, religión, costumbres, moral, industria, ciencias, música, arquitectura, escultura, pintura, invenciones, asociación, periodismo, educación, instrucción, legislación, criminalidad, ahorro, economía política, gobierno etc.—relega á segundo término las guerras, que antes ocupaban el primero. Se preocupa el historiador antes que todo de darse cuenta cabal de las tendencias que rigen los actos y de las que los impulsan en el sentido de la racionalidad de los principios.

Escribiéndose la historia en estas condiciones que le dan el carácter de ciencia social, la humanidad aparece en el íntegro desarrollo de todas sus fuerzas y de todos sus elementos vitales.

Esta grandiosa resurrección de los tiempos pasados, concebida con criterio científico, nos trae á los ojos en toda su solemne majestad el espíritu de una época histórica, preparada por ideas que hoy vemos transformadas y por hombres que yacen destruidos, aunque no olvidados bajo la lápida de sus sepulcros, pero persistentes en las tendencias de progreso y libertad, que no caben en tumba alguna, pues su germen, que es germen inmortal, se reproduce incesantemente al través de las edades.

Los hombres pasan, pero las ideas quedan; y por más que estas hayan sufrido embates violentos que las han hecho retrogradar y oscilar, ello no es sino resultado de la inevitable resistencia que en su camino encuentra todo lo que va por senderos curvilíneos, disparejos, preñados de obstáculos. Una vez recobrado el equilibrio y salvado el rítmico movimiento, la corriente de las ideas sigue la pendiente natural, entra en su cauce ordinario y avanza sin que nada ni nadie sean capaces de detener su curso. Este movimiento de la humanidad con sus múltiples incidencias es lo que forma su historia.

Su síntesis podía resumirse en esta palabra: progreso.

Saber comprender sus orígenes y sus resultados y aquilatar su importancia, es el deber del historiador en nuestros tiempos. Para realizar su misión debe aprovechar cuanto elemento sea eficaz á

cumplirlo, por lo cual no debe desdeñar el acopio de información que le proporciona la novela social contemporánea aunque tenga un carácter de relativa verdad.

*
* * *

Debemos, antes de concluir,³ hacer presente que hemos contemplado la tesis en estudio relacionándola con el estado actual de la ciencia histórica, ya que no podíamos racionalmente entrar al terreno hipotético de esta ciencia en lo futuro. Porque bastante sabido es que la historia se rehace incesantemente, y como ya lo hemos establecido, ha operado en ella una renovación total. Y siendo esto así ¿qué podríamos avanzar, como concepción positiva, acerca de la que el futuro historiador hará con los elementos sociológicos de la novela contemporánea? ¿Qué podríamos establecer á firme si no consideráramos que en un porvenir más ó menos próximo existirán los mismos medios de investigación crítica por que se rige la compulsa en nuestros días?

De ello es que al hablar en estas páginas del historiador de lo porvenir, hayamos lógicamente supuesto que su criterio para apreciar el valor histórico de las producciones novelescas y su sistema para juzgar la transformación artística ó pasional de la verdad, sean el mismo criterio y el mismo sistema que tiene el historiador de nuestro tiempo.



CONCLUSIÓN

Aunque tal vez pudiéramos habernos extendido en otras consideraciones, creemos haber comprendido los puntos de vista principales que el tema propuesto exigía tratar, ya que el abarcarlos todos habría sido materia de un libro.

Creemos llegado el momento de concluir estas observaciones—muchas de las cuales apenas si hemos insinuado en este ensayo—escritas de prisa y en medio de absorbentes ocupaciones, y de dar remate á las cuestiones un tanto complejas y abstractas que hemos diseñado, persiguiendo una solución á la tesis que el Consejo de Instrucción Pública formuló en términos tan generales que como lo dijimos al principio nos hicieron dudar mucho antes de atrevernos á resolverla.

Y ya que de estos justificados temores hablamos, no está demás decir—pues que se refieren á impresiones enteramente personales—que contribuyó con mucho á decidírnos á estudiar este tema el propósito que formamos de aprovechar el fruto asimilado de nuestras lecturas de crítica contemporánea: al tratar de juzgar las obras magistrales de los investigadores de nuestras ideas y costumbres, no podíamos tener la pretensión de oponer nuestra humilde opinión á la de los acuciosos críticos que han pronunciado su fallo á este respecto.

No habría sido difícil llenar estas cuartillas de innumerables citas y autores; pero tal tarea sobre ser engorrosa, la juzgamos inútilmente presuntuosa, fuera de que no tendría novedad alguna la recopilación de las opiniones que, en materia de estética y de crítica literaria, han vertido escritores de la talla de Taine, Planche, Sainte-Beuve, Villemain, Revilla, y tantos otros que han elucidado estas materias con erudición y talento indisputables.

Por esto hemos sido tan parcos en estas referencias que nos habrían demandado muchísimo más tiempo que el designado para componer esta disertación.

Sírvannos estos antecedentes de excusa, para que se mire con ojos benévolos estos mal pergeñados renglones que, sin pretensiones de ningún género, van como fueron saliendo.

SPECTATOR (1).

Santiago, 20 de agosto de 1887.

(1) Pseudónimo del autor.

